

LA REINA DEL CHACO. NOVELA AMERICANA DE AVENTURAS

Ciro Bayo

LA REINA DEL CHACO

NOVELA AMERICANA
DE AVENTURAS

ÍNDICE

PRELIMINAR: El conflicto del Chaco	561
Capítulo I: Una conducción de prisioneros	563
Capítulo II: La evasión	566
Capítulo III: El Jarillar	570
Capítulo IV: El Mato	572
Capítulo V: El Camalote	575
Capítulo VI: La entrada en el Monte	578
Capítulo VII: Episodios de la travesía	582
Capítulo VIII: El Mesón de Fierro	586
Capítulo IX: La reina Irupé	590
Capítulo X: El parlamento indio	594
Capítulo XI: Aguará, «El Tembete»	597
Capítulo XII: Los guacurús	600
Capítulo XIII: Fiesta nupcial	603
Capítulo XIV: La Standard Oil Company	607
Capítulo XV: Miss Ester Hudson	610
Capítulo XVI: El campamento petrolero	613
Capítulo XVII: Cambio de reinas	618
Capítulo XVIII: El jardín de la muerte	621
Capítulo XIX: La caza de orquídeas	625
Capítulo XX: El puñal de Ester	630
EPÍLOGO	635

PRELIMINAR

EL CONFLICTO DEL CHACO

La porfiada disputa entre el Paraguay y Bolivia es por la posesión del Chaco Boreal, que marca la frontera entre los dos países; discrepancia fronteriza que se explica teniendo en cuenta la inmensidad de los territorios que aún quedan sin explorar en el continente suramericano. En un principio, se trataba de fronteras lejanas, perdidas en la selva virgen; pero la cuestión varió de aspecto cuando las dos repúblicas empezaron a sacar partido de las riquezas de su suelo; de ahí se originaron pleitos y discusiones que terminaron en conflictos armados como este del Chaco.

En junio de 1931 se rompieron las hostilidades. La lucha, que había empezado a orillas del Paraguay, entre Corumbá y Puerto Suárez, ha llegado a desarrollarse en un frente de batalla que se extiende sobre 400 kilómetros de ancho y 100 de profundidad, cerca de la frontera con la Argentina, a orillas del Pilcomayo.

Bolivia atribuye al Chaco una importancia vital, para ella, por cruzar la corriente navegable del Paraguay, que ofrece comunicación directa con el Atlántico. Por su parte, la república del Paraguay busca en la posesión del Chaco una compensación para las pérdidas de territorio sufridas en 1870 en la guerra de la triple alianza (Brasil, Argentina y Uruguay).

Preliminares de la guerra entablada en el Chaco fueron los fortines que Bolivia y Paraguay levantaron en los puestos avanzados, lo que dio lugar a muchos incidentes fronterizos y por fin a una guerra abierta.

CAPÍTULO PRIMERO

UNA CONDUCCIÓN DE PRISIONEROS

TRAS una heroica defensa de los paraguayos de un fortín de la frontera, agotadas las municiones de guerra y boca, la guarnición hubo de entregarse al enemigo boliviano que durante quince días había mantenido un riguroso asedio, hasta el punto de quedar reducida a sesenta y cinco hombres, entre soldados y oficiales, la compañía que guarnecía el fortín. Con ellos se formó una partida de prisioneros, que, en calidad de rehenes, debían ser trasladados al cuartel general boliviano, distante un día de camino del fortín tomado.

Los prisioneros, a pie y desarmados, iban a la desfilada al entrar en la sierra, formando dos partidas: en una los soldados y en otra la oficialidad, compuesta de un mayor, tres capitanes y un teniente. Había pena de la vida para el que intentara escaparse. Afrontando esta conminación, el capitán Ramírez consiguió fugarse en el momento de pasar el puente de una quebrada, bajo el cual se escondió sin ser visto por la escolta. En un descanso del camino se notó la fuga y el jefe de la columna, acusando de cómplices a los compañeros del fugado, ordenó que uno de los oficiales restantes fuera fusilado a la suerte, en reemplazo del fugitivo.

Leída la sentencia, el jefe boliviano escribió sobre un tambor una cédula, la de la muerte, que con las tres restantes en blanco dobló por su mano y arrojó a la gorra de un soldado. Aquellos que sacaran papeleta blanca, libraban la vida; el que sacara la escrita sería fusilado. Cuando iba a pasar lista, el mayor, que por su graduación formaba cabeza del ala, dijo:

—Es inútil la suerte; aquí está un mayor y hemos concluido.

—¡No, no, la suerte! —contestaron a una los demás.

En seguida, el jefe boliviano procedió al sorteo. Los dos primeros sacaron papeleta blanca. Quedaban el tercero y el cuarto, los hermanos Manuel y José Rada, de veintitrés y diez y nueve años, respectivamente.

El menor, José, al romperse las hostilidades con Bolivia, acababa de terminar sus estudios en la Escuela Politécnica, y por no separarse de su hermano, se incorporó con el empleo de teniente al mismo batallón de aquel, destinado al Chaco. Al despedirse de la pobre madre, que quedaba sola en Asunción, Manuel juró velar por su hermano, el Benjamín de la viuda, y defenderle aunque fuera a costa de su vida. Por desgracia, ahora se iba a presentar la ocasión de cumplir su juramento.

Correspondiéndole, por su graduación, seguir el sorteo antes que su hermano, hundió la mano en la gorra y sacó papeleta blanca. La suerte estaba echada: José era el sentenciado. Pero Manuel no esperó que se pronunciara el fallo. Encarándose con el jefe boliviano dijo resueltamente, esta piadosa mentira:

—No puedo permitir que se castigue a un inocente. El cómplice de la fuga del capitán Ramírez fui yo. Yo soy el culpable.

—Puesto que el capitán Rada declara ser el culpable, será fusilado —concluyó el jefe de la columna.

—No hay que afligirse —dijo Rada, dirigiéndose a sus camaradas—; verán morir a un valiente. ¡Viva Paraguay!

La sentencia debía cumplirse en el cuartel general boliviano, establecido en el fortín Boca Negra, al que llegó la expedición al expirar la tarde.

Dicho fortín debía su nombre a estar situado sobre un terraplén en la bocana de una ciénaga, formada por los madrejones del río Aquidabán. Era una sólida construcción de mampostería, defendida por alambradas, trincheras y reductos; tenía dos pisos, con galería para cuarteles y cuadras, y pabellones para la oficialidad; coronando el edificio un ático en torreón, destinado a sala de arresto para oficiales.

En este cuarto fue encerrado el prisionero hasta la madrugada, en que debía ser pasado por las armas en el patio del fortín. La reducida sala no contenía más muebles que una mesa, una silla, la hamaca y en una pared el trofeo de una magnífica piel de jaguar, con la cabeza disecada del animal, en una panoplia de lanzas indias, machetes y cuchillos de monte. Para solaz del prisionero, sobre la mesa, un paquete de velas, un recado de escribir y un servicio para el mate.

CAPÍTULO II

LA EVASIÓN

CORTA iba a ser la velada del condenado a muerte. Antes de separarse, los oficiales bolivianos habían sentado a su mesa a los camaradas prisioneros, incluso al sentenciado; la cena y la sobremesa se habían llevado algunas horas y, como se estaba en verano, faltaban pocas para completar la noche. Cuatro o cinco horas eran las que quedaban de vida al capitán Rada.

Al quedarse solo, encendió una vela con el encendedor de gasolina que llevaba en el bolsillo y, desahogando el pecho con un suspiro, se tendió en la hamaca. Pensó escribir unas cartas, pero esperó a estar más tranquilo para hacerlo. Además, ¿por quién empezaría? ¿Por su madre? ¿Por el tío que al quedarse huérfano le había servido de segundo padre? Y en el carril de los recuerdos, rememoró las etapas de su vida: su niñez en la ciudad, su mocedad en el pago del tío estanciero haciendo práctica de cowboy, sus trapicheos de estudiante y su ingreso en la carrera militar, a la que le llevaba su temperamento inquieto y aventurero; en suma, un cúmulo de evocaciones risueñas y juveniles, hasta llegar al trágico episodio de la cédula escrita. No se arrepentía de haberse sacrificado por su hermano; pero le contrariaba pensar que iba a morir miserablemente, acribillado a balazos entre las tapias de un cuartel.

Quedó aplanado, meditabundo. De pronto, iluminó la estancia el resplandor de un relámpago, preludio de la tempestad que se iba acercando con pavoroso estruendo de descargas eléctricas y tableteo de truenos. Manuel se precipitó

hacia la ventana para ver un espectáculo tan acorde con su estado de ánimo. La salvaje sinfonía de la tempestad galvanizó todo su organismo; a la confusa modorra en que estaba sumido, sucedió una exaltación nerviosa, ansias de vivir; y entonces le asaltó la idea de si habría algún medio de salvarse en medio de aquella noche infernal.

La única escapatoria posible era por la ventana, abierta y sin rejas. Manuel miró abajo repetidas veces y en una de tantas, a la luz de los relámpagos, pudo comprobar que la ventana daba sobre un terraplén terminado en una escarpa que iba a hundirse en un manchón llano y tenebroso, como de ciénaga o pantano. Comprobó asimismo que la ventana era la única abertura de un paredón que por este lado defendía el fortín; flanco que, por estar suficientemente resguardado por el glacis inundadizo, se juzgaba inaccesible y estaba horro de vigilantes y centinelas. Pero de la ventana al terraplén habría una distancia de veinte metros, a juicio de Manuel; dar un salto, equivalía a suicidarse; muerte por muerte, el pundonoso joven prefería dar su pecho a los fusiles de un pelotón que había de ultimarle. Resignado con su suerte, dejó la ventana y se acercó a la mesa a cebar mate ante la incierta luz de la vela. Habría dado tres o cuatro chupadas al mate, que, de improviso, una bocanada de la tormenta que ya se cernía sobre el fortín, se arremolinó en la habitación. Fue tan fuerte el ramalazo que, agitando el trofeo venatorio de la pared, arrancó de la panoplia uno de los cuchillos de monte, que vino a caer a los pies de Manuel, clavándose de punta en el entarimado.

Esta caída fue una inspiración para el joven; como impulsado por un resorte, se subió a la silla para examinar de cerca la panoplia. Lanzas, cuchillos y machetes se ostentaban vistosos y afilados, dando a entender que habían servido y podían seguir sirviendo para la caza a que se les destinaba.

Manuel descolgó un cuchillo de monte, que le pareció más pertinente para lo que proyectaba: que era nada menos que hacer una cuerda para descolgarse de su encierro. ¿De qué modo? Valiéndose de las tiras que le proporcionarían la hamaca, el mosquitero y su poncho.

La hamaca era de las llamadas «campechana», tan grande que sirve para un matrimonio; el mosquitero era la toldeta americana, tejido de algodón tupido para defenderse de la picadura de los zancudos o mosquitos de los grandes, que traspasan como alfileres otros tejidos menos gruesos; el poncho era un capote de monte, cuadrado, con una abertura en medio para meter la cabeza y cuyos extremos llegan hasta las rodillas. Los tres artefactos se prestaban admirablemente al plan de Rada.

Miró este a su reloj de bolsillo y vio que era la una de la madrugada; hasta las cinco, hora en que vendrían a despertarle, le quedaban cuatro horas, tiempo sobrado para la tarea que iba a emprender y que acometió en seguida con febril actividad.

Entre tanto, la tempestad seguía zumbando sobre el fortín, y en los ratos que cedía turbaba el silencio de la noche el alerta de los centinelas en los puestos avanzados, el ulular de los perros del fortín y el canto del urutaú enviando endechas a la luna.

La faena de Manuel, más que de tiempo, era de paciente habilidad. Todo se reducía a cortar en tiras la hamaca, el mosquitero y el poncho; trenzarlas a trechos y ligarlas para formar una cuerda. Precisamente, el joven paraguayo se había criado en la estancia de un tío suyo, ganadero, y el trato con vaqueros y peones le había adiestrado en atar cabos y hacer nudos, con tanta habilidad como un marinero. Cerca de tres horas empleó en hacer una cuerda que él calculó llegaría a metro y medio del suelo. Pero esto no bastaba. ¿Dónde afianzarla? Porque la ventana era sin rejas ni barrotes y no tenía hierro de donde colgar la cuerda. Salvó esta dificultad uno de los garfios de atar la hamaca, sólidamente empotrado en la pared, junto a la ventana, en el que el fugitivo ató un cabo de la cuerda, aunque esto acortara un metro de longitud de esta.

—¡Bah! —se dijo Rada—; todo será dar un salto de tres metros en vez de dos para pisar en firme.

En seguida se ató al cinto un machete y el venturoso cuchillo de monte; desarrolló con tiento el rollo de tiras y, encara-

mándose a la ventana, miró fuera. La tormenta había pasado y la luz de las estrellas alumbraba tenuemente en la oscuridad de la noche. Pero con luz o sin luz, el fugitivo estaba dispuesto a dar el salto mortal. Sin pensarlo más y diciéndose «o me desnucó o me salvo», empezó la bajada.

Hízola con el cuerpo estirado, a pulso, flexionando las piernas de cuando en cuando para lisar con los pies la pared, evitando de este modo el balanceo de la cuerda. Esta resistió admirablemente, y en menos de diez minutos el fugitivo estaba suspendido a unos tres metros sobre el terraplén, distancia que salvó con el aplomo de un gimnasta.

Ahora, lo de menos era salvar la escarpa que servía de contrafuerte, ya que estando en declive la bajada era cuestión de escurrirse por un plano inclinado, como así lo hizo Rada, hundiéndose hasta medio pie en el lodazal.

CAPÍTULO III

EL JARILLAR

EL supuesto pantano era más bien una laguna medio desecada por los soles del verano, intransitable por las raíces y plantas acuáticas acumuladas en la superficie. Unas veces chapoteando en el agua y otras cortando con el machete la tupida red rastrera que le ataba los pies al andar, el fugitivo adelantó un buen trecho.

No podía calcular la distancia que le separaba del fortín, pero en esto llegó a sus oídos el toque de diana de la guarnición y por lo vibrante de las notas dedujo que había de alejarse más, ya que en aquel momento se habría descubierto su fuga; que saldrían exploradores en su busca y podían coparle en aquel atolladero. Siguió avanzando, consiguiendo llegar a un extenso jarillar o matorral de jarillas. Aquí Rada se consideró más seguro, porque la jarilla forma matorrales de la altura de un hombre y era fácil ocultarse en ella.

Rendido de sueño y de fatiga, cortó una brazada de jaras y en ellas se tumbó para echar un sueño. Le despertaron los ladridos lejanos de unos sabuesos, feroces «tigreros» que con igual furia hacen al tigre y a una persona. A los ladridos se añadían los gritos de los exploradores, que azuzaban la jauría. Rada se vio entre la espada y la pared; entre sus perseguidores, que le iban al alcance, y el río Aquidabán, que le cortaba la huida.

En medio de esta zozobra, se dio una palmada en la frente, como aquel que ha tropezado con una idea luminosa; y fue que le vino a las mientes lo que oyera a los ribereños del Paraguay: que la jarilla, si bien planta lacustre, arde con facilidad,

aun verde, por la mucha resina que contiene. Y, sin pensarlo más, tiró de encendedor y corriendo de un lado a otro, pegó fuego al jarillar. El incendio se propagó en todas direcciones y con tanta rapidez, que en breve se formó una cortina de fuego y de humo, que cortaba el paso a los perseguidores. Envuelto en la humareda, Rada escapó de aquel horno hasta llegar a un ribazo del río.

Considerándose seguro, se tomó otro descanso al pie de un ambaibo, árbol ribereño que da una fruta en figura de algarroba o dedo de guante, de un gusto exquisito, como de higo. Con ella alivió el hambre, entreteniéndose en contemplar a los peces que en el remanso se disputaban las semillas y los brotes tiernos que caían del benéfico árbol.

Pero la seguridad no podía ser completa en aquel paraje. Al extinguirse el incendio del jarillar, los tigreros podían seguir el rastro del fugitivo, acorralarlo y hacer presa en él. Era necesario poner agua por medio y esto hizo Rada, echándose a nado en uno de los canales que allí formaba el río y que llevaba a una isleta cubierta de bosque.

CAPÍTULO IV

EL MATO

LOS grandes tributarios del Plata como los del Amazonas, se significan por la longitud de su curso, por el caudal de su corriente y por su anchura, la que menos de medio kilómetro de orilla a orilla. Comparados con ellos, los mayores ríos de Europa, guardan la proporción de un canal de riego a un río o de una vena a una arteria. Sobre todo, al irrumpir en los llanos o sabanas, se antojan pequeños mares; las aguas se desparraman leguas y leguas y la mirada solo descansa en las islas que forman los altozanos que se libraron de las inundaciones. Al tocar estas islas, la corriente se bifurca en canales, únicos derroteros que siguen las embarcaciones en medio del anchuroso piélago.

El Aquidabán, si bien río de segundo orden, presenta las mismas particularidades que las grandes arterias fluviales, cuando en sus crecidas inunda las llanuras del Chaco, bifurcando su corriente en freos o canales, dejando en seco los lugares altos o mesetas, llamados «matos» por los ribereños.

A uno de estos matos abordó Rada, luego de atravesar el freo a nado. Era un lugar delicioso; una pequeña vega de pasto, rodeada de frondosos árboles que en la estación seca servía de sesteadero al ganado cimarrón de los llanos y ahora convertida en un camafeo de verdura. Diéronle la bienvenida con sus chillidos unos papagayos, anidados en las altas palmeras, y la zarabanda de monos que en otros árboles tenían sus crías. Lucía un sol esplendoroso, que permitió al fugitivo secar la ropa y entonar el cuerpo, maltrecho y lacerado por el ajetreo de la mañana. Conocedor de la flora paraguaya por

su vida de estanciero, aplacó el hambre con los frutos del aruza y con la raíz bulbosa del bibi, bocado exquisito y sustancioso como el boniato; y luego a dormir una siesta larga y reposada al cobijo de una enramada, sin temores ni sobresaltos. Despertó cuando la noche se había venido encima y, para distraerse, bajó al soto, asomándose a la orilla a ver rielar la luna en la movediza superficie de las aguas.

Plácida estaba la noche; el resplandor de la luna, la canción del río, la brisa perfumada que venía del bosque, el pulular en el matorral de los gusanos de luz con brillanteces de esmeralda, todo contribuía a serenar el ánimo más alterado. Qué diferencia con la noche anterior, angustiosa, entre la vida y la muerte —pensó Rada—, y, embargado por indefinible bienestar, cruzó las manos y con fervorosa unción musitó este fervoroso hosanna:

—¡Gran Dios! Ayer salvé la vida a mi hermano; hoy TÚ salvaste la mía. ¡Bendito seas!

Un ruido extraño le sacó de su ensimismamiento. Era que a sus pies, en la playa del río, luchaban dos galápagos a topeadas y testarazos, disputándose la posesión de una hembra que les acompañaba. Rada se entretuvo un buen rato viendo la singular pelea, hasta que, cansado del espectáculo, se acercó a los luchadores, los volcó de espalda para inmovilizarlos y haciendo lo mismo con la hembra, cargó con los tres, llevándoselos a la enramada.

Muy de mañana, porque el hambre apretaba, despanzurró una de las tortugas, abriéndola con el machete; cortó en lonjas la carne y, a medida que se iban asando sobre las brasas, las devoraba con avidez, casi sangrando.

Ya no se moriría de hambre el cuitado; pero esto no le satisfacía del todo, porque no se resignaba a ser el Robinsón de un islote. Por tanto, después de tomarse dos días de descanso para recobrar fuerzas, diose a buscar cómo salir de allí. Para lanzarse al río, el único medio era armar una balsa. Sobraba madera para hacerla; pero faltaban el hacha y la sierra de cortar leños y clavos y sogas para el armazón. Al fin se decidió hacer la balsa con los palos que buenamente pudiera cortar

con el machete, atándolos luego con bejucos, flexibles y resistentes como el acero.

Estando en estos preparativos, la Naturaleza, madre providente del hombre que a ella se confía, le proporcionó el medio de salir del apuro.

CAPÍTULO V

EL CAMALOTE

MANUEL se había fijado, para el cordaje de su armatoste, en un magnífico «güembé» que crecía en una empalizada junto al río; planta trepadora que se abraza a un corpulento árbol, descolgando sus bejucos como una espléndida cabellera, a una altura de muchas varas. Provisto del machete y del cuchillo. Rada se encaramó al árbol para podarle la cabellera.

Ocupado en este menester, no advirtió que el terreno oscilaba, que se movía; ni tampoco cuando el camalote ya navegaba como una jangada empujada por la corriente. Parecía cosa de magia; pero Manuel se dio cuenta del porqué de lo ocurrido: al cortar los bejucos que sujetaban al camalote, este se había puesto en franquía como una embarcación al soltarle las amarras.

Ello es que, inopinadamente, Manuel se vio náufrago en una especie de jangada. No supo si alegrarse o entristecerse. Lo cierto es que dejaba el mato, del que deseaba salir; pero ahora se encontraba confinado en un camalote que ofrecía pocas condiciones de seguridad. Una mirada en contorno le tranquilizó. El camalote tendría unas treinta varas de punta a punta, por diez o doce de lado a lado; casi las dimensiones de las chalanas de los ríos platenses, planas y sin quilla, que se manejan con una espadilla o palo, que sirve a la vez de remo y de gobernalle.

Todo él estaba poblado de sagitarias, nenúfares y otras plantas acuáticas, sobresaliendo entre todas la «Victoria regia» de los botánicos, la reina de las flores, por sus hojas grandes y

gruesas como rueda de molino y por los pistilos de la flor, grandes como astas de buey y sustentados por un cáliz con numerosos estambres amarillos y rojos, como airoso penacho de un casco guerrero; en suma, un jardín flotante, por el estilo de la chinampa mejicana.

A Manuel le era familiar la vista de los camalotes arrastrados por las aguas del Paraguay; pero nunca creyera que se navegaba tan bien en ellos. Asimismo, había oído contar que en tiempo de la esclavitud más de un negro se fugó en una de estas islas flotantes, a riesgo de ser devorado por algún jaguar sorprendido en ella por una avenida.

¿Habría algún tigre en el camalote que le llevaba a él? Le distrajo de esta preocupación un ¡ay!, doliente y repetido, lanzado a pocos pasos de donde él estaba. El quejido parecía ser de un niño de pocos años, y esto más acabó de intrigar al naufrago que, presuroso, acudió a prestar auxilio al doliente. El supuesto niño era un «perico», un mono del tamaño de un cordero, sin cola ni pies ni manos con que andar, pero con enormes uñas que le sirven para trepar a los árboles, de cuyas hojas se alimenta. Con los brazos abiertos parecía pedir perdón, con lastimeros ayes, como una criatura.

—Bah —se dijo Manuel—; no moriré de hambre, comeré solomillo de perico.

Y echando mano al machete cortó la yugular del perico. Procedió en seguida a descuartizarlo para asar los bocados de más enjundia. Juntó la chamarasca y palo seco que pudo encontrar y sacó el encendedor para encender fuego. ¡Qué contrariedad! Se había acabado la gasolina, con el uso que había hecho en el incendio del jaral y en los asados de las tortugas.

—No importa —volvió a decirse. A buen hambre, no hay pan duro. Comeré carne cruda.

Pero su práctica de cowboy le sugirió una idea salvadora. A imitación de lo que usan los indios para encender fuego en despoblado a falta de cerillas, empleó el artificio de la «juyaca»: cortar un palito en forma de molinillo, que se hace girar perpendicularmente en un agujero hecho en una madera seca y porosa, en el que se puso previamente una materia de

fácil combustión, como algodón, chamarasca, etc., para que prenda la llama al calor del frotamiento. En poco tiempo ardió la llama y añadiendo combustible, Manuel tuvo el fogón necesario para su cocina.

En tanto que se refocilaba con magras de perico, recreaba la vista con el espectáculo de las riberas orladas de árboles gigantes que extendían sus ramas tentaculares por encima de la maleza, de palmeras y altas tacuaras o bambúes americanos y con el vuelo de garzas, loros y tucanes que cruzaban el río.

El camalote se dejaba llevar por la corriente con intermitencias en su marcha, a veces acelerada si aquella le cogía de lleno; a veces con lentitud desesperante cuando era empujado a un remanso de la orilla. En una ocasión embarrancó en una empalizada, en un bajío. Como ya se hacía de noche, el náufrago optó por pernoctar en aquel sitio, hasta que al apuntar el día cortó con el machete las lianas y los palos que atrancaban el camalote y este siguió navegando.

En este segundo día de navegación calculó Manuel que, por la distancia recorrida, estaba en el corazón del gran Chaco; y como no sería razonable exponerse al azar de un naufragio en balsa tan insegura, aprovechó la ocasión de varar el camalote en un bajío para saltar a la arena y luego pisar tierra firme.

CAPÍTULO VI

LA ENTRADA EN EL MONTE

EL Chaco ha sido en toda época región ignota; la selva oscura, impenetrable para el hombre blanco, así por lo intrincado de sus bosques como por la ferocidad de la indiada. En el martirologio de los exploradores que por allí se aventuraron, figuran Nuño de Chaves, el conquistador de Chiquitos, en el siglo XVI; el naturalista francés Julio Crevaux, en 1882, y el explorador italiano Guido Boggiani, en 1901, muertos los tres alevosamente por los indios chaqueños. Estamos en el primer tercio del siglo XX, y todavía puede aplicarse al Chaco la clásica leyenda de los mapas de los misioneros jesuitas, aplicada a esta región: «*Ilic sunt leones*»; es decir, cubil de bárbaros y de fieras; opinión que compartían los paraguayos modernos, hasta que el avance de los plantadores de yerba mate y de los obrajeros o taladores de quebrachos hicieron ver que no es tan fiero el león como le pintan.

El yerbatero y el obrajero son dos tipos interesantes de la vida rural paraguaya que, de pasada, esbozaremos aquí en breves rasgos. El yerbatero es el dueño o plantador de un yerbal. Una de las riquezas naturales del Paraguay es el árbol de la yerba, de la altura de un naranjo, pero de tronco tan corpulento que a veces se necesitan dos hombres para abrazarlo. Villa San Pedro del Paraguay es para el árbol de la yerba lo que Ursi para el té y Moka para el café. El árbol crece espontáneamente en los montes y de buscarlo se encargan los famosos rumbeadores, abriéndose camino por la fragosidad de la selva, expuestos a graves peligros; pero también se plantan

yerbales artificiales. Lo singular de la yerba mate es que era considerada como una planta venenosa, hasta que los jesuitas de las misiones guaraníes la abrieron al comercio y la pusieron de moda en los países del Plata.

El obrajero es el talador o negociante del quebracho, árbol de madera tan dura que quiebra el hacha. Las raíces del árbol son antifebrífugas, como la quina; su madera es incorruptible; su corteza y el extracto del serrín abundantes en tanino, usándose en tenería. Llámase «obrajería» el depósito de maderas cortadas para la exportación y el consumo de la navegación a lo largo de los ríos Paraguay y Paraná. Cuando la selva fue disminuyendo a los golpes del hacha, los taladores paraguayos han ido avanzando, y traspasando el río Paraguay llegaron al pie de los Andes, hasta el punto que Bolivia hubo de presentar una reclamación para que las compañías del quebracho retiraran su maquinaria de talar hasta ciertos límites que habría de fijar una comisión ad hoc.

Como se deja entender, estos *pionniers* han sido o siguen siendo los colonos del Chaco, metiéndose valientemente en la boca del dragón que mira al Paraguay. Escarabajeando en sus fauces, unos son devorados; otros salen indemnes y con ganancias. Prueba de la despreocupación de los exploradores, es que llaman sencillamente «Monte Grande» a lo que en estilo pomposo suele llamarse selva virgen.

En su significación más genérica, «monte» es sinónimo de soto, bosque o floresta, según las clases del terreno formadas por el «thalveg» de los ríos. En los sotos o terrenos bajos se producen las gramíneas, como las tacuaras de alto y nudoso tallo y finísimo follaje; los chuchíos o cañas bravas de penachos en abanico, de las que los indios hacen sus flechas; y sagitarias, nenúfares y helechos arborescentes. Aquí es el dominio de los yacarés (caimanes), de los mosquitos y jejenes.

Los terrenos, solo inundados por corto tiempo todos los años, están compuestos por el humus vegetal de hojas y plantas en descomposición, mezclado con el lodo de las inundaciones. Son de sorprendente feracidad; pero si no se cultivan son muy mal sanos. En ellos no penetra nunca el sol, huelen

a fiebre. Un tupido ramaje sombrea el suelo poblado de plantas y arbustos; de uno a otro árbol cuelgan y se entrelazan como garfias de un navío, yedras, lianas, bejucos y demás parásitas y plantas trepadoras. Crecen aquí las palmeras de los terrenos húmedos, los cacaotales y limoneros silvestres; una flora, en fin, tan variada, que se podrían contar más de cien especies distintas en una hectárea de terreno. En este hervidero de fiebres y sabandijas, silban las serpientes y ruge el jaguar.

Un escalón más arriba, donde no llegan las inundaciones de los ríos, está la tierra firme, la región de la floresta o selva virgen, en donde crecen las palmeras más gallardas, los cedros y caobos y cien otros colosos. Como el piso es plano y casi limpio de arbustos y bejucos, se puede pasear por él a caballo y sin inconveniente, bajo una bóveda de verdura formada por las copas de los árboles, muchos de ellos floridos y con cabezalleras de orquídeas y enredaderas.

Tales son las etapas del calvario que ha de emprender Manuel a través del Monte Grande.

¿Qué iba a ser de él? ¿Solo, medio desnudo, sin provisiones ni más defensa que dos armas blancas de corto alcance? No por esto se arredró; antes bien, confiado en su buena estrella, en su robusta constitución y más que todo en las enseñanzas campestres de su mocedad, empezó gallardamente su caminata.

Los primeros días fueron de suprema angustia; tenía que abrirse paso a golpes de machete, alimentarse de raíces y frutas silvestres y dormir de noche en las ramas de un árbol para evitar los ataques de los roedores y del jaguar. Lo que más temía era una de esas lluvias torrenciales, que convierten el suelo en un lodazal y aumentan las penurias del viajero que no tiene más cobijo que la copa de un árbol; pero el cielo propicio le regalaba todos los días con un sol esplendoroso, que proporcionaba a Manuel el combustible seco para encender lumbre para sus condumios.

En efecto; a favor de la consabida juyaca, aderezó dos comidas, a cual más ingeniosa, con las que reforzó su estómago, atendido al régimen vegetariano: sartanejas y sepeculones.

Sartanejas son unas lombrices que levantan montones de tierra digerida por ellas, tan juntos unos a otros que no se puede andar por ellos, so pena de hundirse como en un barrizal. Estas lombrices son comestibles. Manuel había visto que los indios del Paraguay las comían a manera de espárragos, recogéndolas antes de amanecer, que es cuando los anélidos salen de sus escondrijos. Acuciados por la necesidad, las probó y ahora fueron de su agrado. Los sepes son las legítimas hormigas termitas, que hacen sus nidos subterráneos en una extensión de más de doscientos metros. La tierra que levantan forma verdaderos promontorios, que son los que escarba el oso hormiguero. Hacen sus falansterios en la proximidad de las lagunas, a fin de librar los huevecillos de la voracidad de los roedores, llegando a inundar sus silos cuando aquellos extreman sus ataques. Son hormigas de cintura de avispa y abdomen muy desarrollado, singularmente la especie llamada sepeculón. Los indios las cocinan en tuestos donde se está tostado maíz; botan la mitad del cuerpo con la cabeza y comen el abdomen. Vienen a ser, por consiguiente, como las busíleras de Méjico, que son hormigas comestibles y de un gusto parecido al grano de maíz tostado.

Con esas «exquisiteces» y el hallazgo de tal cual nidada de yacú, que es una especie intermedia entre faisán y pavo, Manuel fue cobrando fuerzas y ánimo para su peregrinación.

CAPÍTULO VII

EPISODIOS DE LA TRAVESÍA

AL cabo de tres semanas de fatigosa marcha, llegó a la región alta de la floresta, en la que el panorama y la vida del Monte son distintos de los terrenos bajos que quedaban atrás. Aquí se pisa tierra firme, la humedad no es tan pegajosa, disminuye la plaga de mosquitos y jejenes que infesta los márgenes fluviales, y aunque la temperatura es de 30° centígrados, el calor no asfixia, porque lo mitiga el fresco del arcabuco.

Este, en la plenitud de su desarrollo, adquiere proporciones realmente imponentes. La bóveda más elevada de follaje, casi impenetrable a los rayos del sol, la soportan árboles de troncos columnares de 30 a 40 metros de altura, muchos de los cuales están provistos de aletones anchos y delgados que aseguran su estabilidad. Por encima del domo de verdura, a menudo tan uniforme que a vista de pájaro se asemeja a un mar y a sus majestuosas olas, se extiende en brillante eflorescencia una cortina de plantas epifíticas, parásitas y de bejuocos, que tiene sus raíces abajo y que por causa de su inaccesibilidad son la desesperación del botánico. Por debajo de esta bóveda, árboles de menores dimensiones, cuyas copas están dispuestas en pisos sucesivos, se disputan el espacio. Los únicos obstáculos serios que se oponen al libre tránsito son los troncos caídos y las ocasionales ciénagas.

A la semioscuridad del ambiente se junta un solemne silencio, que agranda el más pequeño ruido, como en una cripta. En medio de este silencio llegó a oídos de Manuel un ruido extraño, bronco y lejano, como de elefante rabioso atrop-

llando la jungla o de tarasca o fiera corrupta de las leyendas medievales irrumpiendo en la floresta encantada. Luego, el ruido hízose estruendoso, rechinante; pero esta vez viniendo de las alturas. Lo producía el vuelo de dos aeroplanos.

Afanoso de verlos, Manuel se dio prisa en llegar a la orilla de una laguna, en un claro del bosque; a tiempo que pasaba por encima, a menos de cien metros de altura, un aeroplano, blanco y reluciente, en cuyo casco se veían las tres bandas horizontales (encarnada, blanca y azul) del Paraguay. A regular distancia venía otro avión de mayor volumen. A punto que Manuel, haciendo bocina con las manos, iba a lanzar un estentóreo grito de ¡viva Paraguay!, un tiro de ametralladora del segundo avión le dio a entender que este iba a caza del primero.

Los dos aparatos, de bruñido acero, se destacaban en el azul del cielo como ictiosaurios antediluvianos. Pero la lucha iba a ser desigual: el boliviano era un enorme Junker de bombardeo, mientras que el paraguayo era una avioneta de exploración, incapaz de defenderse de adversario tan poderoso, el que le iba al alcance para asestarle el golpe de gracia. En cambio, favorecía al paraguayo la ligereza, que le permitía burlar la maniobra del enemigo; su táctica fue la del vencejo burlando el ataque del halcón: continuos virajes, rápidas subidas y bajadas y, en un momento oportuno, lanzarse como una saeta a un grupo de nubes y perderse de vista.

Si siempre es de admirar la intrepidez de los nautas del aire, la admiración llega al máximo tratándose de aviadores de la guerra que, como a los marinos en un combate naval, se les presenta el dilema de vencer o morir estrellados o ahogados. A este peligro profesional, los aviadores del Chaco han de añadir el riesgo que supone salvar distancias kilométricas sobre el manto de muerte de la selva virgen, a donde no hay salvación si se estropea el aparato.

Estas consideraciones se hacía Manuel cuando todo quedó en silencio, ya que a fuer de militar apreciaba en todo su valor las proezas de la aviación de guerra.

Y puesto a pensar, convino en que paraguayos y bolivianos se ametrallaban ahora empujados, más que por el honor

nacional de sus respectivos Gobiernos, por los acreedores financieros de Nueva York y de Londres para decir cuál de estos dos negocios ganaría la partida: el de los norteamericanos, explotadores del estaño de Bolivia y del petróleo del Chaco que buscan salida al Atlántico por el río Paraguay; o el de los ingleses, necesitados para sus industrias frigoríficas de la carne y sangre de los rebaños paraguayos del Chaco.

—Qué diferencia de esta campaña con la gloriosa de los Cinco años —se decía Manuel, refiriéndose a la guerra de 1866 a 1870 que Paraguay sostuvo contra el Brasil, Argentina y Uruguay, unidos.

«Gloriosa» la llamaba, porque glorioso fue el vencimiento del Paraguay; sus victorias y sus derrotas la honran igualmente en esta guerra desigual. Esta terminó cuando el presidente, Solano López, y los cuatrocientos soldados que le quedaban, fueron aniquilados en su retirada al Chaco, en Cerro Curá, a orillas del Aquidabán. Paraguay había dado todos sus hijos aptos para el servicio de las armas para defender el suelo patrio, incluso niños y mujeres, que hacían los servicios auxiliares de la campaña. Esos paraguayos, mansuetos y serviles treinta años antes bajo la tiranía del doctor Francia, asombraban al mundo defendiendo su nacionalidad, con un valor no superado por pueblo alguno. No retrocedían ante fuerzas superiores, mientras les quedaba un cartucho; era muy difícil hacerlos prisioneros, pues se dejaban matar antes que rendirse; los heridos que caían en poder del enemigo huían en cuanto recobraban fuerzas, y otros rasgaban sus vendajes para no sobrevivir a la captura. López, su caudillo, dirigió la guerra con habilidad y extraordinario valor, y cumplió el juramento de morir por la patria, después de cinco años de lucha en que no recibió del exterior recurso alguno y en que hizo frente a fuerzas superiores. Se calcula que de dos millones de habitantes que entonces tenía Paraguay murieron más de millón y pico por la guerra, las epidemias y el hambre, quedando reducida la población a trescientos mil, en su mayoría mujeres...

Para librarse del calor y de las picaduras de las sabandijas, que le tenían acribillado, Manuel tomó un baño en la laguna.

Así, refocilándose, oyó los relinchos de dos caballos, que sin duda habían olido la aguada.

Más que a prisa recogió los harapos que quedaban de su ropa y el cinturón de las armas, corriendo a vestirse al reparo de la umbría. A poco tardar, aparecieron en el descampado dos jinetes indios, de siniestra catadura. Desde su escondite los vio Manuel descabalgár, llevar los animales al abrevadero, arrendarlos luego a un árbol de la orilla y, por último, tirarse ellos desnudos al agua para bañarse.

Daba miedo verlos. Eran dos tobas, los indios más feroces del Chaco; corpulentos, de formas macizas, tronco robusto, pecho saliente, pies y manos pequeños, cabeza grande, pómulos salientes, nariz chata; los ojos pequeños, hundidos y horizontales; boca grande, armada de fuertes dientes, y espeso y sedoso el cabello. El color de su piel era castaño oscuro, de una coloración próxima al negro y tan gruesa como la de un toro. Todo esto les daba un aspecto terrible.

No por esto se le cortó el resuello a Manuel; antes, por el contrario, ideó jugarles una mala pasada. Aprovechando el momento que estaban en el centro de la laguna, tendidos horizontalmente de cara al sol y a flor de agua, como los caimanes, se deslizó con la cautela de un felino a donde estaban los caballos y las armas de los bañistas. Cortó las cuerdas de los arcos y de una certera cuchillada desjarretó uno de los caballos. Al grito de dolor que lanzó el animal, los tobas volvieron la cabeza hacia este lado, pero ya era tarde. Manuel había cortado el cabestro al otro caballo, y montando en pelo con rienda y bocado, huyó al galope.

La galopada no podía ser larga, porque lo impedía la maleza del bosque; por esto, Manuel había desarmado previamente a sus posibles perseguidores inutilizándoles las armas. Sin embargo, no por esto dejaban de ser temibles, porque les quedaban las lanzas y el arco, que en último caso manejan los tobas como maza de guerra. Afortunadamente, el huido llegaba sin saberlo a la región de los llanos, y cuando llegó a ella se creyó a salvo, ya que a caballo y en campo descubierto nada podía temer de las acechanzas de los dos tobas burlados.

CAPÍTULO VIII

EL MESÓN DE FIERRO

LOS llanos del Chaco son más temibles que la Manigua; en ellos acecha la sed por falta de agua potable; en cambio, sobran los fangales y las ciénagas, que hay que atravesar con agua hasta la cintura del caballo. El hombre que por ellos transita pasa por el suplicio de Tántalo: tener sed, chapoteando en aguas corrompidas que no puede beber. Las únicas potables las suministra el patajú y la bucurú.

El patajú es una begonia de hojas pomposas como las del bananero o plátano, con la diferencia de que crecen opuestas. Estas hojas recogen a manera de embudo el agua de las lluvias, que absorbían por el tallo, este la suelta a una incisión, con un chorro que hay que aprovechar instantáneamente aplicando los labios. La bucurú es un tubérculo muy esponjoso, que conserva el agua de la lluvia mucho tiempo y rinde un líquido fresco y con todas las propiedades del agua potable sin más que machacando la planta con una madera. Una y otra planta, cuando se encuentran, llegan a dar hasta un litro de agua, lo indispensable para refrescar las fauces; un aguaje de boca que luego da más sed al internarse en los pajonales que cubren vastas extensiones de terreno y por los cuales no corre un sólo hilo de agua.

Aquí la soledad es espantosa; de noche, sobre todo, pesa un silencio como de losa de plomo, a ratos interrumpido por el aullido del lobo de la pradera, animal nocturno, hediondo y sanguinario como el chacal africano. La vegetación es raquítica y rastrera, hasta llegar a sitios pedregosos en los que crecen caldenes y el quebracho blanco, que, con su tronco tor-

cido y ramaje mustio y cabizbajo, parece condolerse de estos lugares inhóspitos que han tenido el privilegio de dar su nombre al Chaco, voz guaraní, que significa «desierto».

Siguiendo camino por las laderas de la zona montañera, llégase en menos de una jornada a un anchuroso valle que se antoja un verdadero oasis. Pastizales de jugosa grama reemplazan a las matas de pajas altas y bravas; puquios o pozas, a los tremedales; y palmeras y árboles floridos, a los chañares y quebrachos.

Al salir de este valle, Manuel dio un suspiro de satisfacción; pero en seguida se dio cuenta que había salido de un peligro para entrar en otro. Sobre un cerrillo, en medio del llano, se destacaba un bulto negro, algo así como un cono truncado y en sus inmediaciones un campamento indio. Comprendió que había caído en un avispero de salvajes; pero entre retroceder y morir él y su animal de hambre y de sed o marchar en dirección al campamento, optó por esto último.

Viéronle tres indios que a caballo corrían avestruces en la llanada y vinieron a su encuentro. Impávido, Manuel, aguardó que llegaran, para entregarse a ellos. Venían en son de paz; llevaban arrollada a la cintura la bola perdida, arma arrojadiza de caza y de guerra; pero sin la lanza, con la que pelea un indio. Como Manuel hablaba el guaraní, que es el idioma nacional del Paraguay, los saludó en esa lengua y ellos en la misma contestaron, complacidos. Tras esto, la cabalgada volvió grupas, llevándose al prisionero.

Según avanzaban iba tomando más relieve el bulto negro y parecía más grande el enjambre de la chusma indiana. El campamento lo formaban centenares de toldos pequeños y portátiles, hechos con palos arqueados, hincados en el suelo, cubiertos de ramas y luego con cuero. Junto a cada toldo el indio dueño de un caballo tenía maneado al animal o atado al palenque o atadero, formado por una estaca o una lanza clavada en tierra. La indiada celebraba alguna fiesta, por cuanto atronaba el aire el ruido de panderos y tamboriles, acompañando el ritmo de cantos y de danzas. La diversidad de adornos y tatuajes daba a entender que se

trataba de una confraternidad de tribus chaqueñas celebrando una fiesta.

Así era en efecto; aquí estaban congregados guaicurús, matacos, tobas, chamacocos, maquienos, zamucos, potoreras y choretis, todos pertenecientes a la gran familia guaraníca establecida en las márgenes del Paraguay, donde la encontraron y sojuzgaron los españoles de la Conquista; gente pacífica, que se dedicaba a la agricultura y a las tranquilas ocupaciones de la caza y pesca. Si se hicieron agresivos fue por el mal trato que los blancos les dieron y siguen dándoles; el blanco que por aquí tropieza con algún indio salvaje, le envía, por primer saludo, una onza de plomo, cazándole como una fiera. ¿Qué ha de hacer el indio más que defenderse y aborrecer mortalmente al extranjero que no halla otro medio de civilizarle que con rifle?

Toda esta gente vive en un comunismo integral; apenas tolera la existencia de un jefe más o menos prestigioso, escogido generalmente por sus virtudes guerreras; que lleva las negociaciones entre tribu y tribu, que luego son atendidas o no por la asamblea general. Periódicamente, surge algún cabecilla que hace incursiones en busca de botín al frente de una partida; pero este núcleo se deshace por una diferencia en el reparto o por discrepancia de opiniones.

Pero lo que más intrigaba a Manuel era el bulto negro que parecía ser fetiche de toda esta gente. Haciendo memoria, recordó haber leído en viejas crónicas que en un lugar del Chaco había un «Mesón», masa grande, de mineral parecido al hierro, que se supone será un aerolito o piedra del cielo, y que este Mesón tenía su historia.

En una «Relación» del explorador español Pedro Sotelo Narváez, por los años 1583, se alude a este aerolito: «En este paraje (el Gran Chaco) se halla una mole de hierro, como un cerro pequeño, del cual se ha hallado algún grano rodado y es muy amoroso de labrar». En el siglo XVIII se hicieron varias excursiones para dar con él; pero luego se perdió el rastro. El general argentino Taboada lo encontró en una de sus expediciones en el siglo XIX; pero como no supo fijar el sitio astro-

nómico, no volvió a dar con él a la vuelta. Este bloque es tanto más notable cuanto no se tiene noticia de que exista en el mundo otro mayor si no es el que hay en Rusia. Y lo que dedujo Manuel de toda esta información y de la agrupación de la indiada en este paraje, fue que el Mesón de Hierro se había convertido en una especie de dolmen sagrado de los chaqueños. Opinión acertada, como luego se verá.

CAPÍTULO IX

LA REINA IRUPÉ

LOS tres indios que iban con Manuel le llevaron a una punta del campamento donde estaba la toldería de una tribu guacurú, gobernada por una cacica, ante la cual compareció el prisionero.

Estaba la princesa india tendida en una hamaca, cubierta desde la cintura y dejando al descubierto los senos y los brazos. Llevaba la cabellera suelta, ciñendo la frente un aro de plata, a manera de diadema, signo del cacicazgo, y pendiente del cuello una gargantilla de cuentas de vidrio de varios colores. El ingenuo mirar de sus negros ojos, oblicuos y rasgados como almendras, y el delicado perfil del torso y de los pechos, señalaba una virgen de diez y ocho a veinte años.

Manuel se apeó del caballo y, aunque llegaba macilento y derrotado, se acercó a saludarla con la prestancia y cortesía de un caballero andante a una castellana. Tanto agradó a la cacica la gallardía del extranjero que en vez de presentarse con la timidez del cautivo, lo hacía con la serena confianza del huésped, que mandó colgar otra hamaca junta a la suya para platicar con él.

Empezó ella preguntándole cómo salía solo e inerme del antro de la Manigua y del desierto. Manuel satisfizo sus preguntas diciendo que era un oficial del ejército paraguayo, prisionero de guerra, que se había evadido de un fortín enemigo y que llevaba un mes de terrible caminata a través de la selva, buscando salida para llegar a un puerto de salvación. Todo esto contado sin jactancia, con un realismo que interesó a la oyente.

—Tranquilízate —dijo la cacica al final del relato—; no lejos de aquí están los blancos, tus hermanos, y yo te enseñaré el camino para que los encuentres. Nada has de temer estando conmigo. Soy Irupé, reina de los guacurús, y te tomo bajo mi protección.

Durante esta entrevista bebían en vasos de guayacán la chicha que se obtiene de la pulpa de la palma de la totay después de fermentada en agua, y que servían unas doncellas más ligeras de ropa que la señora; es decir, desnudas del todo, salvo el ceñidor que, arrollado a la cintura, tapaba el atributo del sexo. Vino después la comida, compuesta de carne de taitatú (armadillo), huevos de avestruz y yuca asada, manjares que a Manuel le supieron a ambrosía, acordándose de los comistrajos de su peregrinación. Comieron frente a frente, reclinados en sendas pieles de jaguar, sirviendo de mantel el aterciopelado césped y de pabellón la sombra de una ceiba, árbol de hermosura y grandeza extraordinarias que, por estar en florecencia, iba desparramando una lluvia de pétalos sobre el suelo. Las mismas doncellas de antes sirvieron ahora las viandas, haciendo además el oficio de flabelarias: aventando con un plumero de plumas de avestruz los insectos alados que podrían molestar.

Servida la comida, volvieron ella y él a las hamacas, ocasión que aprovechó Manuel para disipar una duda en que estaba.

—Cacica —empezó diciendo.

—No me llames cacica —corrigió ella—; llámame por mi nombre: Irupé.

—Hermoso nombre (lirio de agua, en guaraní); tan hermoso como eres tú. Pues, bien, Irupé; quisiera saber quiénes son esos hombres rubios que me dijiste no estaban lejos de aquí. ¿En qué se ocupan? ¿Qué hacen?

—Son unos blancos pelirrubios, que hablan una lengua distinta de la castilla (el castellano) que habláis los blancos del Paraguay. Habitan a dos jornadas de mi pago y se ocupan en abrir pozos para sacar un agua de fuego, apestosa, que hace una espuma verde y amarilla.

Manuel entendió que se refería a la explotación petrolífera de la «Standard Oil Company», de Norteamérica.

—¿Te han molestado alguna vez, Irupé?

—Más bien son mis aliados, porque, sin conocerlos, ellos me mandan tercios de yerba, azúcar, aguardiente y otros regalos y yo correspondo mandándoles cuadrillas de mi gente para que les ayuden en sus trabajos. Pero no todos mis hermanos del Chaco pueden decir lo mismo que yo. Los extranjeros van ganando terreno y abriendo pozos, apropiándose terrenos de nuestra nación. Eso ha producido un descontento general en todas las tribus y, precisamente, para conjurar el peligro, vamos a tener parlamento todos los caciques en este valle donde estamos.

—¿Asistirás tú?

—Sí; como cacica que soy.

—¿Qué piensas que resolveréis?

—Oponernos al avance de los blancos; declararles la guerra.

—¿Eres tú de esa opinión, Irupé?

—Tendré que hacer lo que todos, porque si no tomarían represalias y tendría todo el Chaco contra mí.

—Pues oye bien lo que te voy a decir. Aconseja a tus hermanos que no hagan la guerra a esos extranjeros, porque la perderían. ¿Qué valen vuestras flechas, vuestras lanzas y vuestras macanas (maza de guerra) contra las armas que disponen ellos? Una sola basta para vencerlos. ¿No has visto volar muy alto un monstruo blanco que hace mucho ruido?

—Sí; el yacaré blanco.

—Pues ese caimán, como vosotros le llamáis, es un dragón que vomita fuego y destruye todo lo que encuentra debajo. Se burlará de vuestras armas e incendiará vuestros ranchos y vuestras sementeras. Diles todo esto a tus hermanos.

Irupé se quedó pensativa.

En esto, apareció un personaje de la tribu, el brujo, nombre que entre los indios abarca el significado de sacerdote y curandero, el cual, a fuer de hábil cortesano, venía a complimentar al extranjero que tanto distinguía la señora. Llegaba capitaneando un coro de danzantes que bailaban la chobena, danza trenzada de mozos y mozas, coreadas por estas al son de calabazas huecas con semillas dentro, que marca-

ban el compás del baile. Los bailarines formaron un corro en torno de la cacica y de Manuel, en tanto que Urubichá, nombre del brujo, llevaba el compás tocando una flauta.

Percatándose Manuel que la tonada de esta música era parecida a la de los danzones paraguayos, pidió la flauta al tañedor y atacó las notas de un tango muy movido. Aunque el instrumento indígena no se prestaba a mucho lucimiento, tocó con tanta maestría que todos quedaron maravillados; y el que más Urubichá, que lejos de molestarse por la suplantación, felicitó a Manuel como un discípulo al maestro, llegando a tanto su entusiasmo que le brindó alojamiento en su toldo.

Como ya la tarde iba de vencida, Manuel aceptó la invitación; despidiéndose graciosamente de la cacica, fuese a pernoctar al toldo de Urubichá.

CAPÍTULO X

EL PARLAMENTO INDIO

EN esta misma noche había de celebrarse la junta de caciques, anunciada por Irupé en la conversación anterior.

Media noche era por filo, tiempo calculado por la altura sobre el horizonte de la hermosa constelación del Crucero, cuando Irupé salió de la toldería, acompañada de Urubichá y de una pequeña escolta de arqueros. Iban a pie porque era corto el trecho para llegar al punto de cita, que era el Mesón de Fierro.

En la planicie formada por el segmento del cono, estaba hacinado el combustible destinado para el fuego sagrado que debía arder durante la ceremonia. Ya reunidos los caciques, los brujos de las respectivas tribus escalaron el bloque y prendieron fuego a la pira, que, poco a poco, se encendió como una gran lumbrera que alumbraba el valle en la oscuridad de la noche. Los brujos debían alimentar este fuego con madera de tajibo, porque, según ellos, el humo aromático que esta despide ahuyentaba los espíritus malos de las tinieblas, aunque en realidad lo que ahuyentaba era los mosquitos y jeje-nes, plagas volátiles de las noches del Chaco.

Al pie del mesón se sentaron, formando círculo, los caciques, vestidos con sus mejores galas; quién, con una piel de tigre a la cintura que le llegaba hasta las rodillas; quién, con una camiseta, teñida de hilo de la pita garabatá, sin mangas ni cuello, y quienes mostrando arabescos de tatuaje en los muslos y brazos, o collares de plumas de colores o de dientes de animales feroces en el cuello y en las choquezuelas; todos ostentando la cinta en las sienes, símbolo de soberanía.

El primero en hablar fue Yotaú (barro negro), cacique de los tobas, hombrón de anchas espaldas, pecho levantado, arrogante en sus acciones y temido por su lanza.

«Valientes guerreros —dijo—, probados en cien combates con los hombres blancos. Bastante tiempo hemos aguantado sus insolencias y atropellos. ¿Para cuándo son nuestras lanzas y nuestras flechas? O es que las emplearemos solamente contra las bestias feroces que devoran el ganado? Peores son estos extranjeros; porque sus cazadores asustan la caza; si comercian con nosotros, nos engañan; si nos emplean, nos explotan, y si nos brindan amistad es para traernos enfermedades que no conocíamos y violar nuestras mujeres.

¿Para qué queremos la paz? ¿Para que vengan a poblar nuestras tierras y repartírnos como esclavos? Lo que sé es que nuestros antepasados no los pudieron sufrir y los echaron de todas partes. Montones de huesos suyos blanquean sin sepultura en los campos del Chaco y calaveras en abundancia con que bebemos en nuestras borracheras.

Hermanos; hay que poner remedio a estos males. Rompamos con los extranjeros, y si nos guerrearán probarán el empuje de nuestras lanzas y lo certero de nuestras flechas».

Un murmullo de aprobación acogió esta fogosa arenga; pero se impuso silencio al tomar la palabra Irupé. Para asistir a la reunión se había engalanado con sus mejores arreos: una camiseta cuadrada abierta por medio cuanto cabe en la cabeza, caía sobre sus hombros; de medio cuerpo hasta la rodilla una manta a rayas de colores, ceñida a la cintura, y de las rodillas abajo desnuda y los brazos también. Iba en cabello, echado a la espalda y ceñido por la diadema caciquil. Lucía como joyeles una patena de plata, engarzada en el pecho y ajorcas y brazaletes del mismo metal.

Con el varonil continente de una amazona, saludó a la asamblea y, encarándose con Yotaú, le replicó:

«Quisiera, Yotaú, que hablara el corazón y no la lengua, pues los indios nos conocemos los unos a los otros y sé que más debemos atender a lo que siente el corazón que a lo que habla la lengua. ¿Cómo podemos acabar con los hom-

bres blancos siendo nosotros unos pobres indios? ¿Por qué cuando éramos tantos no los acabamos, y ahora que vivimos dispersos queremos acabarlos?

Bien saben estos guerreros el aprieto en que viven; que ni aun perros se atreven a tener, porque no los descubran con sus ladridos; ni gallos, porque con su canto no conozca el blanco sus guaridas. ¿De qué sirven lanzas y flechas, si los extranjeros disponen del rayo que envían con sus armas y con los yacarés del cielo, que incendian ranchos y sementeras? Acabad de procurar la paz con ellos, porque será mejor hacer de buena gana lo que vendréis a hacer por fuerza. Yo los tengo en mi vecindad y sé que son superiores a nosotros en armas y en regalos y que su amistad nos es provechosa».

Tal era la persuasión que puso en sus palabras, que los endurecidos guerreros acortaban el cerco para oírla mejor.

Después tomó la palabra el más anciano de los caciques, Siripo, de tanta estimación, que su voto era seguido como el más acertado en todas las asambleas.

«El defender uno su tierra —dijo—, sus hijos, sus mujeres y su libertad es cosa tan natural que hasta las fieras lo hacen. ¿Qué digo las fieras? La paloma más sin hiel, en llegándole a quitar su cría, se defiende a aletazos y se muestra brava. Los agravios de los blancos nos hicieron feroces para la defensa. Aunque su poder sea mayor y sus armas más ventajosas, lanzas y flechas nos dan nuestros montes, fortalezas la cordillera y las barrancas de los ríos y guerreros nuestras mujeres para que no nos demos por vencidos. Pero para que veas, hermosa Irupé, que tus buenas prendas nos han rendido a todos, disimularemos por ahora nuestros rencores; daremos una tregua a los extranjeros hasta que se agote nuestra paciencia».

CAPÍTULO XI

AGUARÁ, «EL TEMBETA»

AL siguiente día del parlamento, los indios levantaron sus toldos y cada tribu tomó el camino de su pago. La de los guaracús, gobernada por Irupé, hizo asimismo los aprestos de marcha, reducidos a que los hombres llevaban las armas y conducían las caballadas, en tanto que las mujeres, después de desarmar el toldo, habían de cargar con él como bestias de carga. Los enseres de más bulto, como hamacas, cántaros para la chicha y ollas de cocinar, las cargaban las acémilas, destinándose los dos mejores caballos para llevar a la cacica y al brujo Urubichá, haciendo el tercer jinete Manuel, con el animal que había birlado a los dos indios tobas.

A punto de emprender la marcha, se presentó un extraño personaje, jinete en un buen potro y seguido de un alano atado con la trailla en el arzón trasero de la silla. Apeose para saludar a Irupé con la familiaridad de un amigo, de un igual. En realidad podía hacerlo, pues era un cacique chiriguano del otro lado del Chaco, entre los ríos Pilcomayo y Bermejo. La viruela había diezclado su tribu y sin aguardar a verse reducido a un cacicazgo sin súbditos se dio a la vida nómada, dedicándose a su especialidad de cazador de tigres.

Los chaqueños contaban proezas de él; que inmovilizaba a los felinos, hipnotizándolos con la mirada y, en último caso, en lucha cuerpo a cuerpo los ultimaba de una lanzada. Su fama se había extendido por todo el Chaco, de suerte que si algún tigre sembraba el terror en una comarca, se llamaba a este cazador para que acabara con la fiera. Tantas eran las víctimas, que había perdido la cuenta de ellas.

Como ejecutoria de sus hazañas cinegéticas, lucía una montera de cuero de jaguar y un caprichoso sayo hecho de la piel de onza, especie felina así llamada por tener una piel amarillenta, salpicada de manchas negras en forma de onzas de oro. Completaba su tocado unas botas de potro, calzado hecho de los ijares de un equino desjarretado, que se va sacando como un guante, resultando de la forma y amplitud de una bota pero con la punta cortada, motivo por el cual van desnudos los dedos del pie.

Era un indio ladino; pero ladino en la doble acepción de la palabra, astuto, y que además hablaba el castellano y el portugués, lo que le servía para engañar a indios y a blancos. Su nombre le venía pintiparado: Aguará, que en guaraní equivale a zorro-lobo; pero era más conocido por el apodo de «El Tembeta», porque, como todos los chiriguano, entre la encía y el labio inferior llevaba puesto un tubito que perforando el labio sostenía pegado con cera un vidrio de color o chaquira, a manera de ojo grande y brillante, entre la boca y la barbilla.

«El Tembeta» venía ahora a despedirse de Irupé y reiterarle sus pretensiones amorosas, ya que aspiraba nada menos que a desposarse con ella. Considerando Irupé que este pretendiente era un cacique a medias, pero que le convenía estar a bien con él, dábale buenas esperanzas, aunque sin soltar prenda; porque entre los indios de categoría, como entre nuestros aristócratas, los enlaces son más de conveniencia que de inclinación. Con otras buenas esperanzas se despidió Aguará; pero antes de irse, enterado de quién era Manuel, le pidió un certificado de buena conducta para ser recibido de paz en los puestos militares que encontrara en el camino.

Aunque Manuel adivinaba que el peticionario era un bribón que más que la amistad con los cristianos iba a su negocio de lucrarse con ellos, accedió a lo que Aguará le pedía. Al efecto, hízose de un recado de escribir, sirviéndole de pluma una de ave y de tinta el zumo del urucú o achiote y de papel una hoja seca de plátano; procedimiento este último de que se valió Ercilla cuando en ocasión que le faltó papel para conti-

nuar La Araucana, un indio vino en su ayuda, mostrándole el papel de plátano. Con todo esto Manuel escribió esta certificación.

«Don Manuel Rada, capitán del ejército paraguayo. Certifico que el cacique chiriguano Aguará, alias «El Tembete», se ha encontrado conmigo en pleno Chaco y dándome pruebas de afecto; y para que conste y le agasajen en nuestros establecimientos, pues puede ser útil como indio de paz, le doy esta certificación».

Leído que le fue este salvoconducto. Aguará lo guardó arrollado en una taboca, o sea, en el canuto de un grueso bambú. Luego dio la última despedida y fuese con su potro, su perro y su lanza.

CAPÍTULO XII

LOS GUACURÚS

LOS guacurús, con su cacica al frente, llegaron al poblado donde tenían su asiento, en uno de los terrenos bajos inmediatos al río Paraguay.

El pueblo estaba formado por un rancherío o agrupación de cabañas. Estas están hechas de palma, los postes son de caña, las paredes del mismo tejido y el suelo está formado por tabletas, aseguradas por juncos. El techo, que es de cuatro lados y acaba en punta, se compone de hojas de palma, trenzadas con mucha habilidad. Los muebles brillan por su ausencia: la cama se reduce a una hamaca o a un petate de palma, que se extiende o arrolla como una estera. Toda la familia duerme separada en grupos, pero en la misma casa, y al amanecer se lía el petate y queda libre la única habitación de la casa, que se convierte en lugar de tertulia, sentados todos en cuclillas, que es la posición favorita del indio. Irupé dio a Manuel por residencia el mejor rancho de la población, con la gracia y dignidad que todos celebraban en ella y que parecía incompatible con la semi-barbarie en que vivía su tribu.

Los chaqueños difieren entre sí, según las condiciones del terreno que ocupan; son cazadores, guerreros o nómadas los que habitan en los bosques o en las cordilleras, y pastores y agricultores, en lugares donde hay aguada y crecen los pastos que sustentan al ganado. Clasificándose los guacurús entre los segundos.

Por cierto que el primer encuentro del ganado lanar con los indios del Chaco tiene su leyenda y la cuenta el historia-

dor Ruy Díaz de Guevara. En el año 1550, Yrala mandó a Nuño de Chaves al Perú para cumplimentar al presidente La Gasca, y a su vuelta Chaves trajo a La Asunción las primeras cabras y ovejas. Una noche los indios se aproximaron de sorpresa al campamento de los españoles y al oír el balido de aquellos animales creyeron que eran señales de alerta de los centinelas y se retiraron, mostrándose a la mañana siguiente a lo lejos. Esas ovejas que introdujeron los españoles eran de la raza llamada «churra» en España.

Alternando con las ocupaciones del pastoreo y del cuidado de los maizales, los guacurús se dedican, asimismo, a las no menos pacíficas de las «meleas», esquilmando las colmenas de unas avispas meleras llamarlas «camoatís» que además proporcionan cera para el alumbrado.

De todos estos menesteres no debe inferirse que los guacurús sean gente mansuela, incapaz para el ejercicio de las armas. Son pacíficos cuando no se les molesta, pero valientes guerreros puestos en el caso de defender sus hogares y sus bienes. Para la común defensa se ejercitan en el manejo del arco y de la flecha, sirviéndoles de blanco para el ejercicio del tiro los troncos de los cactus o grandes chumberas. Las flechas van más o menos lejos, según la tensión del arco y el vigor del brazo; generalmente, alcanzan de cincuenta a sesenta metros, y las hacen con cañas ligeras de río, atando a la punta con resina o hilos muy apretados, una espina de pescado grande o un hueso muy afilado. El otro extremo de la flecha va hendido en forma de hélice para que el proyectil siga una trayectoria recta. Para las aves emplean flechas de punta roma o redonda, a manera de cerbatanas, con las que las derriban aturdidas.

Estas flechas embotadas les sirve asimismo para el «butucú», batalla campal entre dos bandos para vengar mutuos agravios y que tiene algo de la nobleza y caballerosidad de los antiguos torneos. Se celebra un día al año, en la plaza del pueblo, presidiendo el cacique. Los contendientes van desnudos de medio cuerpo arriba o se refuerzan con coletos, según se convenga. Las mujeres, detrás de los flecheros, les alargan las fle-

chas, que están embotadas con bolas de cera o de madera. El sonido de cajas y flautas y el consumo de la chicha que sirven las mujeres, enardecen a los combatientes hasta el punto que de no terciar la autoridad del juez de campo, la batalla terminaría en un pugilato sangriento. Cesa al fin la batahola y entonces los que pelearon se dan la mano de amigos, convidándose mutuamente a bailes y libaciones.

Otro deporte varonil es el «huitoró», especie de fútbol al revés; es decir, que la pelota es enviada exclusivamente con la cabeza y no con los pies. Los dos equipos están alerta en el límite divisorio y a una señal convenida se levantan todos con fuerte griterío y empieza el partido. El proyectil rebota admirablemente, por estar hecho de la resina de un árbol gomero de la región. Lanzada al aire la pelota, los jugadores, haciendo cuatro esquinas, se la van enviando a cabezadas, brincando o arrastrándose para restar la pelota, según el empuje y la dirección que convenga, no siendo permitido en ningún caso tomarla con las manos. Es juego de mucha destreza y muy interesante que practican todos los indios guaraníes mucho antes que los ingleses aclimataran en los estadiums el futbolismo.

Tales son los solaces de un pueblo sencillo, relativamente feliz, que acabará por dispersarse o desaparecer ante la invasión de los blancos, heraldos, de una civilización que aborrecen los indios, por considerarla atentatoria a su libertad y al goce de su vida sedentaria.

CAPÍTULO XIII

FIESTA NUPCIAL

ESTAS y otras distracciones organizaba Irupé con el propósito de tener más tiempo a su lado a Manuel. La virgen india se sentía arder en amor por el joven paraguayo; este, por su parte, correspondía sólo discretamente al cariño de una mujer que, por su hermosura y gentileza, excitaba la admiración del blanco y del salvaje; «la reina del Chaco», la llamaban todos. Pero el recuerdo de la patria y de los afectos que dejó en ella atormentaba el corazón del expatriado. ¡Es tan triste estar desterrado de la vida social y de la comunión de los seres queridos!

Irupé, viéndole con frecuencia triste y preocupado, penetró, con la viveza de un amante, la causa de su melancolía. Temerosa de que el día menos pensado la abandonara sin que ella viera satisfecho su amor, ideó los medios oportunos para atraérselo. Sabiendo que lo que más excitaba la codicia de los blancos era la explotación petrolífera, anunció a su huésped que en terrenos de su cacicazgo había unos yacimientos que ella ocultaba para evitar la intrusión de los extranjeros. Manuel sabía de sobra que el Chaco Boreal estaba hipotecado a la Standard Oil y ante el anuncio de Irupé pensó hacerse rico vendiendo a la compañía el secreto de los nuevos depósitos.

Antes, sin embargo, quiso averiguar la verdad, y valiéndose de algunos guías que la cacica puso a su disposición hizo algunos cateos en los lugares indicados, comprobando la existencia de unos manantiales de petróleo de mucho rendimiento. A la vuelta informó a Irupé del buen éxito de sus

pesquisas. Hízolo con tan visible satisfacción que la joven adivinó que había dado con el medio de retener a su lado, por la codicia y el interés, al hombre por quien suspiraba.

—Pues bien, Manuel —dijo ella—; estos manantiales y otros mejores de los que tengo noticia, serán tuyos, porque me pertenecen y yo te los daré; pero con una condición..., que los aceptes como regalo de boda.

—¿De qué boda?

—De la nuestra —contestó ella con aplomo. Tú y yo saldremos ganando con este enlace. Mi gente podría poner obstáculos a que yo diera a un extranjero la posesión de unos terrenos, mientras que haciéndote el cacique consorte dejarás de ser un extraño y te revestirás de una autoridad igual a la mía... Sí, Manuel. Te amo desde que te conocí. ¡Qué pena no haberte podido inspirar un amor igual al mío! ¡Tener que comprártelo con dádivas y con ruegos! Pero yo estoy dispuesta a todo, con tal que seas mío. ¿Consientes en ser mi marido? Más todavía: ¿Me aceptas por tu esclava?

Una inclinación de cabeza fue la contestación afirmativa del joven paraguayo y dos besos en la boca, los primeros que se daban, ardiente y voluptuoso el de ella y frío, casi indiferente el de él, sellaron este compromiso nupcial.

—Qué importa desposarse con una india —se dijo Manuel. Todo se reduce a una hospitalidad sabrosa con el tono de un amor pasajero. Este compromiso no tiene trascendencia.

Los notables de la tribu dieron su beneplácito al proyectado enlace de la cacica con un extranjero, influidos por Urubichá, que se había aficionado a Manuel por las lecciones de flauta que este le daba. El mismo Urubichá, por el ministerio que desempeñaba, debía actuar en la fiesta como organizador y maestro de ceremonias.

Siendo costumbre entre los guacurús celebrar los maridajes en montón y en un solo día del año, se acordó que para dar más realce a los desposorios de la princesa, unos y otros se celebraran al mismo tiempo. Llegado el día señalado, se organizó la comitiva, formada únicamente por las parejas que iban a casarse. Iba a la cabeza el brujo Urubichá, tocando un

tambor y seguían en procesión dos hileras de mozos y de mozas con los mejores ornamentos que poseían.

En los indios, como en todos los pueblos primitivos, la coquetería se muestra antes que el pudor; se prefieren al cinturón de castidad los collares, los anillos y otros dijes. La virgen india se preocupa más del adorno de la cabellera que de la hoja de parra. El pudor viene con la civilización; primeramente determina tapar las vergüenzas; después, por extensión, el vientre y los muslos y, por último, viene el vestido completo. Por estar en el primer grado de esta escala, las doncellas guacurús llevaban solamente una faja de poco más de un palmo; adornaban la garganta con sartas de chaquiras, así como las muñecas y sangrías del brazo con pulseras y ajorcas; peinando el cabello en trenza doble con cintas colgantes de colores. Los mozos se contentaban con el calzón corto que no les llegaba a la rodilla.

Ellos y ellas se alternaban para llevar en andas dos palanquines. En uno, alfombrado de flores e hierbas olorosas, iba reclinada la princesa, quien, como las demás vírgenes, aparecía soberbia y casta en su medio desnudez, semejante a una venus cobriza, por la armonía de formas; trenzada la cabellera en forma de corona y ciñendo las sienes la diadema de plata.

En otro iba Manuel, que trajeaba en este día la «camijeta» indígena, especie de toga ceñida, hecha de algodón, con rayas de colores. Los dos juntos recordaban a Cleopatra acompañada de Marco Antonio, tales como los representa la estampa histórica.

El cortejo hizo alto junto a un galpón o cobertizo, la casa sagrada, donde estaban las imágenes de los dioses tutelares, hechos de barro o tallados en madera. A su puerta se apearon los príncipes consortes, acudiendo Urubichá en su calidad de sacerdote e introductor del santuario, en el que ardían pebetes de balsámicas resinas; el brujo hizo una invocación a los genios tutelares para que protegiera el amor de los desposados, acabando por dejar solos a Irupé y a Manuel en su nido de amor.

Afuera estaba esperando el mocerío, impaciente de que le tocara el turno de la consagración de sus bodas. Urubichá hizo

ahora de nigromante, lanzando exorcismos a los cuatro vientos, con ademanes simiescos y una jeringonza cabalística, oída con la mayor veneración, por lo mismo que nadie la entendía. Después de esta breve ceremonia tocó el tambor para que diera principio la danza nupcial. «Tamta, ta-tam», sonó el parche, y las parejas se juntaron para bailar. Sabido es el influjo misterioso que el batir estrepitoso del tambor ejerce en los pueblos primitivos, por el estilo del jazz en nuestros salones. «Tamta, ta-tam», sonaba el tambor del brujo, enardecido a los semidesnudos bailarines. Suelos o entrelazados veíanse montones de carne de todos los matices, según las irisaciones que a los cueros daba la luz del sol; formas gráciles de adolescentes, torsos musculosos de machos, pechos erectos de hembras, todo envuelto por la polvareda levantada por los pies batiendo el suelo. Poco a poco el corro de danzantes se fue desgranando, yéndose las parejas a hacer el amor en la umbría. Perfumes de la floresta embriagaban como vapores alcohólicos, pero con diferente embriaguez; solo turbaba el silencio el rumor de voces entrecortadas, ayes y suspiros del himeneo al aire libre; con gran satisfacción del brujo, pues entendía que este revuelo de amorcillos lo había levantado su bendición nupcial.

Pero faltaba el último rito del ceremonial casamentero y Urubichá se dispuso a hacerlo. Empuñando una cayada, especie de báculo pastoral de su ministerio, echó a andar blandiendo el palo como un sable, repartiendo mandobles a derecha e izquierda en el aire, para matar los espíritus malos que podían andar por los alrededores y aposentarse en las almas de los nuevos seres que se estaban concibiendo.

Rendido de fatiga, se tendió en el suelo junto al santuario de los ídolos, hasta que calculando por el curso del sol que la fiesta había durado bastante, tocó el tambor, a cuya llamada acudieron las parejas formando dos hileras para abrir paso a los príncipes que a su vez salían de la casa sagrada.

La comitiva emprendió el regreso en el mismo orden que a la ida. Cuando llegó al rancherío, el vecindario se apiñó para felicitar a los desposados y hubo fiestas que duraron tres días, banqueteados de lo lindo a expensas de la princesa.

CAPÍTULO XIV

LA STANDARD OIL COMPANY

EMBRIAGADA Irupé por las delicias de la luna de miel, reveló a su amante el secreto de los ricos yacimientos petrolíferos existentes en su demarcación y que constituían su «regalo de boda». Pero estos tesoros yacentes requerían competencia y elementos para ser explotados y como Manuel carecía de ellos, de ahí su propósito de ponerse al habla con los gestores de la Standard Oil.

Madurando estaba la manera de hacerlo, cuando recibió, por un emisario de la Compañía, una carta, fechada en Asunción de Paraguay, que le resolvió la mitad de la dificultad.

«Señor don Manuel Rada.

Querido Manolo: Por un suelto de un periódico de esta localidad, cuyo recorte te incluyo por separado, he recibido la agradable sorpresa de saber de ti, después de más de dos meses de tu evasión del fortín boliviano.

Para tener más certeza de tu paradero, interésé de la Standard Oil que por sus sucursales del Chaco averiguara en qué punto estaba establecida la tribu guacurú a que se refiere el suelto periodístico. Da la coincidencia que un ingeniero de la Compañía, vecino de esta capital, es mister Hudson, padre de miss Ester, la encantadora yanqui con la que flirteabas en Asunción, y tanto el padre como la hija interesándose por tu paradero en el mismo grado que yo, han conseguido averiguar que la tribu de la que tú eres cautivo o pasajero, está en la vecindad del campamen-

to 3 de la Standard. Sin entrar en más averiguaciones, me he embarcado en una de las chalanas que hacen el servicio del Pilcomayo y que me dejará a poca distancia del expresado campamento, desde el cual podré comunicarme contigo. Extremando su amabilidad, mister Hudson se ha prestado a acompañarme en este viaje y también miss Ester, para quien has tomado las proporciones de un héroe de novela por tus aventuras del Chaco.

Mamá y tío Ramón no caben de alegría con tan buenas noticias y te esperan para darte mil besos y abrazos.

Recíbelos por adelantado, de tu hermano, José».

El suelto del periódico decía:

«Tenemos noticias del capitán Manuel Rada, de cuya evasión de un fortín boliviano habló toda la prensa paraguaya. Un indio de paz, el chiriguano Aguará, lo encontró en el corazón del Chaco, acompañado de una tribu guacurú, en cuya toldería está, no sabemos si como pasajero o cautivo, el capitán Rada».

Lo que ignoraba el periodista era que el origen de esta información provenía del certificado o salvoconducto expedido por Manuel a favor de «El Tembete». Este, en sus andanzas, llegó a uno de los campamentos de la Standard Oil, y por este escrito y por el que dijo el indio, se obtuvieron los informes que mister Hudson comunicó al hermano de Manuel.

Antes de ponerse al habla con la Standard Oil, Manuel creyó oportuno hablar a Irupé de las ventajas que reportaría a todos el traspaso a los extranjeros del «agua de fuego».

—¿Por qué dais tanta importancia los blancos a esta agua, que nosotros despreciamos? —preguntó ella.

Parecida pregunta hacían nuestras amas de casa a últimos del siglo XIX, cuando pasó la época del quinqué y del alumbrado de petróleo. ¿Para qué sirve el mineral, si ya no sirve para alumbrar? A este tenor, el comercio internacional despreciaba el petróleo, hasta que la aviación, el automovilismo y la maquinaria naval, al mismo tiempo que la química, des-

cubría algunos subproductos de aquel y rehabilitaban el empleo del precioso combustible. El crecimiento de las aplicaciones del consumo de los derivados del petróleo (queroseno, gasolina, benzol, ozaquerita, etc.), determinó la formación de empresas colosales de explotación de petróleo crudo. La producción más considerable pertenece a los Estados Unidos, con los yacimientos de Pensilvania, Oakama, Tejas y California; pero ante el temor de que se agoten sus provisiones, envían a todas partes equipos de ingenieros para explotar a fondo las capas antiguas y nuevas; perfeccionando los medios de extracción con trenes de perforación, que en pocos días pueden llevar el trépano a mil metros de profundidad, y ampliando los medios de transporte con vagones cisternas, buques aljibes y canalizaciones que llevan el petróleo de la mina a la refinería. De esta suerte, los Estados Unidos, que por sí solos producen el 70 por 100 de la producción total, amplían su acometividad petrolera apoderándose de las minas petrolíferas de los países americanos y haciéndose árbitros de la industria, del comercio y del precio del combustible líquido.

En 1912 se supo que en el Chaco Boreal había petróleo y en todos sus rincones se establecieron campamentos de geólogos y de ingenieros a sueldo de la Standard Oil. Así se estableció entre otras la factoría de esta Compañía en la vecindad de los indios guacurús, en el Chaco Boreal, donde luchan Paraguay y Bolivia por un territorio casi despoblado y cuya explotación interesa a la Standard Oil.

Claro está que Manuel no espetó a Irupé esta parrafada de química industrial; se limitó a convencerla que con el traspaso de los pozos del agua de fuego su tribu tendría más ovejas, más vacas, más aguardiente y más yerba mate, las cuatro columnas del paraíso del indio chaqueño.

Y aun es posible que Irupé creyera salir gananciosa en el cambio, como aquel indio de Haití que después de cambiar una pepita de oro por un cascabel de latón echó a correr, temeroso de que el español se creyera engañado y le obligara a deshacer el cambalache.

CAPÍTULO XV

MISS ESTER HUDSON

JINETE en su caballo toba, Manuel emprendió el viaje acompañado de Urubichá, que era el vaqueano del camino por ser el conductor de los guacurús de uno y otro sexo que enviaba la tribu al campamento petrolero; ellas para el servicio doméstico y ellos para el servicio urbano, a cambio de recibir un subsidio en ropas y víveres. La jornada era de resistencia: diez horas seguidas a caballo para llegar al campamento antes de ponerse el sol. Adelantándonos a su llegada, presentaremos los personajes a los que va a visitar Manuel.

José Rada, su hermano, es aquel joven oficial que dejamos prisionero en el fortín Boquerón, que luego quedó en libertad en un canje de prisioneros efectuado en una tregua de las hostilidades y ahora disfrutaba de una licencia militar.

Mister Cecil Hudson, ingeniero neoyorquino, muy acreditado en su profesión. En sus tarjetas ostenta como ejecutoria el título de «ingeniero yanqui». Al revés de muchos estadounidenses que rehuyen el calificativo yanqui, optando por llamarse a secas norteamericano, mister Hudson se envanece de ser y llamarse yanqui, porque como él dice: Todos los yanquis somos norteamericanos, pero no todos los norteamericanos son yanquis; luego ser yanqui equivale a ser norteamericano dos veces.

Tal distinción, establecida por mister Hudson, es atinada. «Yanquis» son solamente los ciudadanos de los Estados de la gran república norteamericana, englobados en el apelativo común de New England (nueva Inglaterra), porque allí afinaron los primeros grupos de colonistas ingleses.

El vocablo yanqui es la corrupción prosódica de la palabra «english» por los pieles rojas. Los indios llamaban yanqui a todo inglés, y a su vez los ingleses comenzaron a denominar yanquis a sus coloniales de Nueva Inglaterra. De todo lo cual se deduce la inexactitud en que incurren aquellos que para nombrar a los norteamericanos los llaman yanquis, cuando estos son una mínima parte de los ciudadanos de los United States. Sin embargo, esta mínima parte ha asumido, por el prestigio de muchos de sus individuos, por sus núcleos de población, ricos y populosos; por tradición ancestral y por otras causas, la representación del genio norteamericano y de la expansión imperialista de la gran República, y en esto fundaba Hudson su orgullo de llamarse yanqui. Por esto también, todos los pasos que daba en el ejercicio de su profesión se encaminaban a la mayor gloria de Norteamérica, y donde quiera que se establecía hacía ondear la bandera estrellada de los Estados Unidos y la de la Standard Oil Company of New Jersey, de la que era accionista e ingeniero jefe.

Mister Hudson ha recorrido todos los países americanos que tienen petróleo; desde Tejas, Méjico y Venezuela hasta los Andes y el Chaco Boreal. En todos sus viajes le acompaña su única hija, Ester, joven de veintiún años de edad.

Miss Ester Hudson es una rubia de abundosa melena, que le sienta como el casco a una valquiria; y de ojos de un azul verdoso, cuyos matices copiaban las impresiones del alma, pasando de un mirar franco y sereno al duro y punzante como una punta de acero. Alta, delgada y esbelta, toda ella respiraba vigor y sanidad. Su nariz aquilina, de vibrátiles ventanas, indicaba energía física; su boca, rosada y sensual, revelaba el deseo natural de gozar la vida y sus placeres. Tan independiente como inteligente, Ester abominaba de este nuevo feminismo que masculiniza a las mujeres, quitándoles sus encantos para sustituirlos por los atributos del hombre; pero, al par de esto, odiaba los preceptos de una moral falsa, por ser puramente externa, reducida a ciertas conveniencias sociales y a palabras pudorosas, indicio del

cinismo de los pensamientos. Un observador superficial la catalogaría en el grupo de las «*demi-vierges*», dictado que puso de moda Marcelo Prevost describiendo las virginidades sin inocencia, que constituyen una especie de nuestra civilización. Pero en Ester todo ello no significaba una provocación o invitación al amor, sino la persuasión de la *girl* de una equivalencia intelectual y de igualdad de derechos con el hombre.

Mister Hudson, que adoraba en ella, la definía así:

—Mi hija es como el acero; se dobla, pero no se quiebra.

Adlátere de los Hudson, es el reverendo Tomás Orton, pastor metodista y capellán de la familia, apasionado por la botánica y la predicación evangélica, y hombre tan honrado que cuando se ausentaba Hudson este le confiaba la guarda de su casa y de su hija Ester. Iba vestido siempre de negro, como un *clergymen*, de levita cerrada y alto cuello. Daba lecturas de la Biblia a los colonos del campamento y en los domingos les explicaba el Antiguo y Nuevo Testamento.

Los tres norteamericanos hablan corrientemente el español, aprendido de viva voz en las repúblicas hispanoamericanas que han recorrido en sus viajes y entienden y chapurrean el guaraní, el armonioso idioma nacional paraguayo, que con más o menos alteraciones habla la indiada del Chaco.

CAPÍTULO XVI

EL CAMPAMENTO PETROLERO

EL campamento 3 es uno de los centros del que irradian los servicios técnicos e industriales de la explotación petrolífera. Lo forma un poblado de barracones, algunos con honores de chalets, construidos con maderas preciosas del Chaco, alineados en calles irregulares, algunas de ellas asfaltadas.

En esta clase de colonias, los norteamericanos han volcado todos los tesoros de la civilización y del confort, luz eléctrica, teléfono, radio y si no gramófono, con cooperativas de los mejores comestibles y bebestibles, chupópteras de los pingües sueldos que disfruta la plana mayor de la colonia; ingenieros, geólogos, maquinistas, contables, etc., que procuran pasarlo lo mejor posible en aquel rincón del mundo. Su soltería se caracteriza por las tres clásicas Ges del joven americano: *girls—gin and gynecology*.

El resto de la población lo constituyen los rancheros, así llamados porque viven en ranchos o barracas de caña y barro; gentes que trabajan por tandas o turnos semanales en las minas situadas a regular distancia del campamento, formando brigadas de peones, poceros, barreneros, carpinteros y de otros oficios; abigarrada chusma compuesta de blancos, aventureros arrojados allí por las espumas del Pilcomayo y del Paraguay; de negros y zambos brasileiros, y de gauchos argentinos y orientales. Con esta gente no rige código alguno ni valen jueces ni policía: no hay más ley que la de Lynch: hacerse justicia por sí mismo. Lo que menos se perdona es el robo, el adulterio con mujer comprometida y las fullerías

en el juego; la sanción es inmediata por la pistola o por el puñal.

El amor sexual no tiene allí trascendencia. El blanco, que a su llegada repele el contacto de la india, de la «china», como suelen llamarla los criollos del Plata, va acostumbrando sus ojos al cutis de color de arcilla tostada y a los contornos de un cuerpo de perfecto torneado cintura abajo, pero pobre de caderas y pechos. Estos, que se agotan pronto, son de curvas exquisitas y están señalados en las chinas en flor, no por una frambuesa, sino por una mora muy sazónada. De esta afición sexual no escapan ni los blancos de gusto más refinado, disculpándose con el refrán criollo: «mate amargo y mujer china, sólo por necesidad».

Al husmeo de los buenos jornales que cobra la peonada, acuden al campamento en los días de paga, vivanderos armenios, sirios, tunecinos y griegos, englobados con el nombre genérico de «turcos»; vendedores de chalinas, pañuelos de seda, prendas interiores de fino lienzo, collares, alhajas de similar, esencias aromáticas y... de estupefacientes, que venden sin cortapisas chinos y japoneses que figuran también en esta pequeña Babel. Estos mercaderes exóticos cuando vienen lo hacen juntos, en caravana, porque fuera de los terrenos acotados por la Compañía todos los caminos son peligrosos. El único que tenía vía libre en todas las direcciones era Aguará, «El Tembete», al que dejamos en el Mesón de Fierro y que se nos presenta en el campamento petrolero montado en su magnífico potro, luciendo chapeados de plata en el arnés con las ganancias de las pieles de los jaguares muertos por él.

Llegó por fin Manuel al término de la jornada, en compañía de Urubichá. Salió a recibirlos José Rada. Pasadas las efusiones de este encuentro, los dos hermanos se trasladaron al chalet de un alto empleado de la Compañía, amigo de José, donde Manuel se adecentó tomando un baño y vistiéndose a la europea con uno de los trajes de José. Ya acicalado y compuesto, la inmediata fue visitar a los Hudson,

que le esperaban con la mesa puesta en un «*cottage*» o quinta vecina.

Fue recibido por el ingeniero con un cordial *shake-hand* y por Ester con una explosión de alegría, en la que iban mezclados el cariño al amigo que se volvía a ver y la admiración por lo que de él se contaba.

Entre plato y plato, Manuel contó a grandes rasgos sus aventuras desde la fuga del fortín, pasando sobre ascuas en lo referente a sus relaciones con Irupé, dándose simplemente como cautivo de los guacurús. Sin embargo, hubo de mostrarse más explícito cuando después de la comida pudo hablar con el ingeniero, confesándole que, movido más que por el cariño a la cacica por la revelación que esta le prometió de unas ricas minas de petróleo, se había desposado con ella según el ritual indígena.

—He aquí un episodio novelesco que interesará a Ester cuando lo sepa —dijo con tono risueño el ingeniero.

—Yo prefiero que no lo sepa, mister Hudson.

—Comprendido; mi hija y vos os miráis con buenos ojos y no seré yo quien interrumpa tan buenas relaciones; por más que Ester, aunque lo supiera, y algún día lo ha de saber, nunca tomará en serio una boda de mentirijillas con una reina india... Pero, ¿existen estas minas? ¿Son tan ricas como decís?

—Ni soy geólogo ni entiendo de petróleos; pero ni una cosa ni otra se necesita para asegurar que se trata de un yacimiento petrolífero, el más rico del Chaco, como que lo constituye un lago subterráneo que por sí solo hará la fortuna de una empresa.

—¿Nada menos que un lago?

—Nada menos, mister Hudson. Lo han visto mis ojos y puedo daros todos los detalles. Se llega a él por una gruta abierta en el declive de una montaña y a cuyo término se ve en el fondo un lago casi de dos hectáreas de superficie y de mucha profundidad. A mi entender debe haber sido el receptáculo o desagüe de otros manantiales de las vertientes, pues algunas de estas conservan el color verde y amarillo característico del petróleo.

—Amigo Rada, si es así como decís, bien podéis repetir aquello del rey francés: «París bien vale una misa». Hicisteis bien en vender amor a la cacica por tan espléndido descubrimiento... ¿Qué condiciones ponéis para traspasar el secreto a la Compañía que yo represento?

—Las que os dicte la equidad, mister Hudson. Me recomiendo a vos, no como hombre de negocios, sino como un amigo.

—Yo corresponderé a vuestra confianza, amigo Rada. Vuestro porvenir está asegurado, porque la Standard Oil pagará espléndidamente vuestro descubrimiento.

La revelación del lago interesó tanto al ingeniero que inmediatamente hizo los aprestos para trasladarse al lugar donde estaba emplazado.

Organizose una expedición dirigida por Hudson, de la que formaban parte técnicos y geólogos, un equipo de cargueros indígenas para los bagajes y una guardia de escopeteros de la Compañía para defenderse de los indios guerreros que pudieran hostilizarles. Servía de guía Urubichá, que anteriormente había acompañado a Manuel al reconocimiento de los manantiales denunciados por Irupé. La consigna era dejar a un lado el poblado de los guacurús y seguir avanzando hasta la cordillera.

En dos jornadas llegó la caravana al cerro en donde se abría la gruta que llevaba al lago. Provistos de lámparas de mineros, penetraron en ella el ingeniero y sus ayudantes y al final de un socavón prorrumpieron en un ¡hurra! al asomarse al lago anunciado por Manuel. El petróleo subía a borbollones a la superficie, formando la espuma verdosa amarillenta característica del mineral en bruto. La visita fue rápida; los técnicos se limitaron a medir las tres extensiones del lago, datos que no nos interesan, y analizar el mineral encontrado. Hechas estas operaciones, la comitiva abandonó la espelunca.

Luego, por sí y ante sí, Hudson declaró acotados el cerro y sus alrededores por la Standard Oil, y en señal de posesión hizo plantar en la cumbre del monte las banderas de Norteamé-

rica y de la Compañía. Pareciéndole esto poco, ordenó que los topógrafos trazaran el emplazamiento de un nuevo campamento, que se llamaría el «Campamento del Lago».

En esta operación los peritos emplearon dos días, al cabo de los cuales los expedicionarios emprendieron el regreso. A mitad del camino Urubichá se separó con rumbo al poblado guacurú con un buen regalo de tabaco y aguardiente, en pago de su servicio de baqueano.

CAPÍTULO XVII

CAMBIO DE REINAS

GRAN revuelo armó en el campamento 3 la noticia del famoso lago traída por los expedicionarios; todos hablaban de Manuel Rada, el aventurero afortunado que compartía el tálamo de una princesa india y había dado con un hallazgo que le iba a valer una fortuna. Contra lo que Manuel supuso, Ester fue la primera en felicitarle, llamándole maliciosamente «príncipe» y dándole el tratamiento de «alteza».

—Ya no soy príncipe —contestó él. Renuncié a ese título para seguir siendo vuestro primer amigo.

—Entonces la reina del Chaco...

—La ha destronado otra más alta señora.

—¿Qué señora?

—La señora de mis pensamientos.

—Poético estáis...; ¿quién es ella?

—La encantadora miss Ester Hudson.

La joven aceptó sonriente esta declaración amorosa, dando a besar su mano al rendido galán.

El capitán Manuel Rada y miss Ester Hudson se conocieron en los campos de polo de Asunción. Buen jinete él y ágil amazona ella, contendieron juntos o por separado, y de esta afición deportiva nació entre los dos una amistad firme y duradera. No era raro verlos juntos a caballo por las alamedas de la capital, vistiendo él de uniforme y ella de «ecuyere», montando a horcajadas, escandalizando a la gente bien. De este trato frecuente se originaron los preliminares amorosos que los ingleses llaman «*flirt*» y a la que las *girls* se entregan

con deleite. Ester había flirteado con el capitán Rada, concediéndole pequeños favores, sin consecuencias en los países sajones; pero que uno solo de ellos compromete ante la sociedad a las jóvenes en los pueblos de raza latina. Era un galanteo lícito, casto, que rara vez se resolvía en un beso rápido y furtivo.

En este estado pasional sobrevino el conflicto del Chaco, y Rada hubo de partir a la guerra.

—Sabe Dios cuándo volveremos a vernos —dijo a Ester al despedirse. Llevo conmigo vuestro dulce recuerdo.

—Yo también guardaré el vuestro como el de mi mejor amigo —contestó la joven.

Ahora volvían a verse, y una declaración de amor había unido los dos corazones.

A todo esto, iban pasando días y como tocaba a su fin la licencia que disfrutaba José Rada, este hizo los preparativos de vuelta a la capital del Paraguay, instando a su hermano Manuel a que le acompañara. Esta invitación espoleó los deseos que este tenía de tiempo atrás de hacer este viaje, no tanto para abrazar a su anciana madre, como para hacer acto de presentación en el Ministerio de la Guerra a fin de legalizar su situación militar, puesto que en el cuadro de la oficialidad figuraba como «desaparecido». Una vez en Asunción, en poco tiempo ascendería a mayor y esperaría la venida de los Hudson para casarse con Ester.

Con este plan, que mereció la aprobación de la joven, los dos amantes fueron a entrevistarse con mister Hudson.

—Mister —le dijo Rada, llegó el momento de pedirnos la mano de vuestra hija. Miss Ester me acepta por esposo, y si vos no tenéis inconveniente...

—Ninguno; antes bien, me felicito de la elección de mi hija. Sois el marido que ella necesitaba —contestó el ingeniero, uniendo las manos de los dos jóvenes.

Entonces Rada besó en la frente a Ester y sacándose de un dedo un anillo lo puso en el anular de la joven, como símbolo de esponsales.

Menos expansivo se mostró el puritano Ortón, quien al felicitar a los novios les espetó esta epifonema:

—Les digo lo que el apóstol Pablo: «Más vale casarse que abrasarse».

Dos días después los hermanos Rada embarcaban en un puerto del Pilcomayo con rumbo a la capital paraguaya.

CAPÍTULO XVIII

EL JARDÍN DE LA MUERTE

ENTRE tanto, ¿qué era de Irupé y de sus guacurús? Desde que apareció en el lago el espectro de la Standard Oil, sus tentáculos, como los de un pólipo marino, habían hecho el vacío a su alrededor. La Compañía, arrogándose el dominio del territorio indígena, exigía la prestación forzosa de la indiada para la realización de los vastos planes proyectados por el ingeniero Hudson para alumbrar el yacimiento recién encontrado y que exigían trabajos tan penosos como desecar pantanos, hacer desmontes y talas, ahondar canalizaciones, etc.; prestación forzada, hermana gemela de la esclavitud que aún practican en todas sus colonias las naciones civilizadas, no obstante haber abolido el Estatuto legal de la esclavitud.

Esta nueva servidumbre se practica por el sistema de las «arreadas». Partidas de exploradores armados asaltan los pequeños poblados y arrean columnas de indígenas en dirección al lugar del trabajo. Al ruido de la llegada de los arreadores los hombres se ocultan en los bosques; pero los requisadores los cazan con sabuesos y a golpes les obligan a ir con ellos, dándoles por todo alimento arroz con charque podrido y como supremo reconfortante amílico de 40 grados.

Cabe preguntar: ¿Es posible que esto suceda en la América del Sur, en pleno siglo xx? ¿Acaso no está abolida la esclavitud? Respuesta: de derecho, sí; de hecho, no. Los modernos colonizadores, como los antiguos, han tenido que recurrir a medios violentos para asegurar la posesión de territorios para la civilización. Este fin supremo justifica todos los medios para

conseguirlo. Sin embargo, no hay que confundir la obra civilizadora de algunos estados coloniales con la obra de explotación de los indígenas por parte de empresas particulares, que no buscan civilizar a nadie, sino enriquecer a sus accionistas con la práctica de la servidumbre indígena en los países atrasados; y este es el caso de las grandes empresas que, como las gomeras, algodonerías, mineras o petroleras, establecen un monopolio de materias primas, imponiéndose con su potencia económica y política a los estados que las patrocinan.

Mister Hudson, como buen puritano, juzgaba que este código de conducta era una agresión criminal; pero sentía la necesidad de responder a las exigencias de la Compañía, que instaba a proceder con métodos enérgicos con los indios. La perplejidad que le dominaba terminó con la intervención de su hermano de religión, Orton. El piadoso metodista, que en sus propagandas antiesclavistas repetía las palabras de Isaías: «El espíritu del Señor está en mí para pregonar la libertad de los cautivos», halló ahora la manera de concordar los altisonantes conceptos de la moralidad puritana con los intereses industriales de la Compañía.

—La obra civilizadora —dijo— ha de ser obra de civilización, a la que todos hemos de contribuir. Hay que educar a los indios, civilizarlos, cristianizarlos y, por la gracia de Dios, tratarlos como a hermanos nuestros por quien Cristo también murió.

Con estos términos de alta moral, pero sin olvidar factores utilitarios, quedó demostrado que era voluntad de Dios obligar a los indios a trabajar a la fuerza. Con este aval, continuaron con más empeño las arreadas, hasta el punto de quedar reducidos los poblados guacurús a un conglomerado de mujeres, niños y viejos que apenas se bastaban para cuidar las cosechas y el ganado.

La desgracia de su pueblo llenaba de amargura a Irupé, a lo que se añadía el acíbar del abandono de Manuel, de cuya salida del Chaco estaba enterada por «El Tembete», Aguará. Este que había devorado en silencio la humillación de verse preferido por un advenedizo, extranjero por añadidura, sen-

tía ahora con la ausencia de su rival reverdecer la esperanza de hacer suya a la hermosa cacica; pero ni la ausencia ni el desengaño apagaban el encendido amor de Irupé a Manuel. Mustia y abatida, como flor que no recibe las caricias del sol, la princesa sentía la nostalgia del bien perdido.

A tantas angustias se añadía una terrible acusación que se cernía sobre ella. Los caciques chaqueños la acusaban de traidora a su raza y a su nación por haberse desposado con un blanco y entregado el territorio guacurú a la explotación del extranjero. Fue el nómada Aguará quien le dio esta noticia.

—Tus hermanos te citan a una asamblea para que te vindiques de haberte confabulado con los blancos. Será inútil que acudas a la citación, porque tus acusadores serán los jueces. Te condenarían a ser asaeteada. Ponte en salvo, Irupé. Con los guerreros que te quedan fieles te abriríamos camino hasta el Pilcomayo; llegarás a mi tierra y seguirás siendo reina, reina mía y de mis chiriguayos.

«El Tembete» decía la verdad. Los jefes indígenas, viendo que la explotación petrolífera se extendía como mancha de aceite por todo el Chaco, se pusieron de acuerdo para incendiar los depósitos de mineral y secuestrar a la reina de los guacurús como cómplice y encubridora de los extranjeros.

Antes de sufrir esta afrenta, Irupé resolvió quitarse de en medio. Junto a su morada estaba un jardín en el que florecía un grupo de floripondios. Estos arbustos dan unas flores blancas, llamadas por los indígenas las enamoradas de la luna, porque cuando este astro está en su plenitud, aquellas exhalan su mayor fragancia; pero a lo largo este olor es dañino, pues ejerce sobre el sistema nervioso, como todas las plantas del género *datura*, los mismos efectos que los de la terrible *atropina*, alcaloide extraído de la belladona.

Irupé escogió una noche de luna para exponerse deliberadamente a este peligro. Después de mandar a su doncella que tendiera la hamaca al arrimo de los floripondios, díjola:

—Avisa a Urubichá que venga aquí y que traiga la flauta.

Gozoso, acudió el brujo a la llamada, sintiendo halagada su vanidad de artista.

—Reina mía; me complace que te hayas acordado de mí para alegrarte esta noche con mi música. Me esmeraré en complacerte.

—Te equivocas, buen Urubichá; te he llamado para que veas mi muerte.

—No lo entiendo. ¿Piensas morirme y me mandas traer la flauta, como si se tratara de acompañarte una danza?

—Tocarás la danza de mi muerte. Haz memoria, Urubichá; ¿recuerdas la tonada con que arrullaste mi boda con Manuel?

Urubichá hizo una señal afirmativa.

—Pues quiero oírla al morirme, para que me recuerde a mi amado. Tomé un veneno que hará pronto sus efectos... Ya lo siento que me quema las entrañas... El beleño de estas flores y el recuerdo de Manuel aliviarán mi agonía... Adiós, Urubichá; sal de este jardín de la muerte y deja que me muera sola, mientras tú tocas fuera la balada de mi amor perdido.

Media hora llevaba soplando el flautista cuando le atajó Aguará.

—¿Qué música es esta, Urubichá? ¿Estás dando una serenata a la luna?

—Estoy velando el cadáver de Irupé.

—¿Cómo? ¡Ha muerto Irupé!

—Sígueme y la verás.

Juntos entraron en el jardín y vieron tendido en la hamaca el cuerpo de la joven, rígido e inerte. La intensa luz del plenilunio, dando de lleno sobre el cadáver, le daba el aspecto de una estatua yacente de mármol. «El Tembete», cruzando los brazos, contempló con lástima a la difunta. Luego, cerrándola los ojos, dijo con rabia:

—¡Pobre Irupé! La codicia de los malditos blancos te mató... Aguará sabrá vengarte.

CAPÍTULO XIX

LA CAZA DE ORQUÍDEAS

IDO Manuel Rada al Paraguay y ausente mister Hudson por la canalización del lago, quedó Tomás Orton por único compañero de miss Ester. Los dos residían en el *cottage* del ingeniero, dedicado cada uno a sus ocupaciones favoritas; ella a la lectura y a pintar acuarelas, y él a componer homilías dominicales, sin más intermitencias que cuando la joven recibía o devolvía visitas de alguna señora de la colonia y Orton hacia excursiones botánicas bosque adentro, las que tuvo que suspender porque corrió la voz de que rondaba el campamento un «tigre cebado»; es decir, un jaguar, que por haber probado carne humana atacaba con preferencia a las personas.

Ante este peligro, Orton llamó a «El Tembete», que había vuelto a establecer su campo de operaciones en el campamento, y le dijo:

—Valiente Aguará; necesito de ti para que me acompañes en mis entradas en la selva. Tengo entendido que hay peligro en hacerlo, porque acecha un tigre cebado.

—No haya miedo —contestó el chiriguano—; si se presenta darán cuenta de él mi lanza y mi perro. Aguará está dispuesto a servirte.

Con esta ayuda del famoso cazador, otro día se adentró Orton en la floresta y herborizó a su talante bajo la salvaguardia de Aguará. Tal vez esperaba ver a un tigre en su cubil y la lucha de la fiera con el hombre; pero se encontró con algo más grato para él y fue la vista de una magnífica mata de orquídeas, raro ejemplar, cuyo descubrimiento debía enorgullecer a un botánico.

Satisfecho con este descubrimiento, dejó para el día siguiente la tarea de cortar y llevarse las preciadas flores y regresó al *cottage*, emplazando a «El Tembete» para la segunda excursión.

A Orton le faltó tiempo para enterar a Ester de su descubrimiento.

—Ester —díjola—, para mañana os invito a una caza de orquídeas.

—¿De orquídeas? No sabía que se cazaban las plantas.

—Lo explicaré. Cuando un naturalista corre serios peligros yendo en busca de un ejemplar raro o curioso de una especie animal o vegetal, esta búsqueda se llama enfáticamente «caza». Orquídeas las hay en todas partes; pero como las de los bosques tropicales, en ninguna.

La orquídea es una planta vivaz, notable por la forma de sus flores y la rara coloración de estas. Se las ve entrelazadas con otras enredaderas, formando una cortina colgante de los árboles más altos. Su captura no es nada fácil, porque se corren los peligros inherentes al paso de la selva virgen, asechanzas de fieras picaduras de víboras y de insectos venenosos, golpes y mojaduras, zarpazos de la fiebre, etc.

—Dicho esto —preguntó Orton—, ¿no os parece bien que se diga cazar orquídeas?

—O «caza arbórea», que para el caso es lo mismo —observó Ester.

—Ahora bien —siguió diciendo Orton— la orquídea del Paraguay goza de tanta fama en jardinería como el tulipán de Java, el crisantemo del Japón y el jazmín del Cabo. Si a esta excelencia se añade la excepcional de un ejemplar raro, único tal vez, como el descubierto hoy por mí, comprenderéis que sienta halagado mi orgullo de botánico. Yo quisiera que vos, Ester, participarais de mi triunfo.

—No adivino cómo.

—Dando vuestro nombre a mi orquídea. Se llamará «variedad Ester-Hudson».

—Gracias, Orton. Siendo yo la madrina no puedo excusarme de acompañaros en esta excursión. ¿Seremos muchos?

—Los dos nada más; pero llevaremos al tembeta Aguará para que despeje el camino y nos guarde las espaldas. Por lo demás, se trata de un pequeño paseo por la selva, que entre ida y vuelta no durará más de tres horas.

Y no hubo más, sino que al siguiente día, antes de salir el sol, se pusieron en camino Ester, Orton y el indio Aguará en sendas cabalgaduras, seguidos de un mucamo (criado), robusto mocetón que llevaba a hombros las hamacas y una escalera de cuerda y sobre la cabeza una cesta vacía.

EN ESTA OCASIÓN ESTER VESTÍA DE JOCKEY, TOCADA CON UNA GORRA BLANCA, COQUETAMENTE LADEADA «A LA PEDRADA», COMO DICEN LOS CRIOLLOS; LLEVANDO AL CINTO UN PUÑAL CON VAINA DE PLATA, SEGÚN TENÍA COSTUMBRE EN SUS EXCURSIONES CAMPESTRES.

Entraron en la manigua por una «picada» que sirve de camino a través de la maleza. La selva tropical sería intransitable si no fuera por estas trochas abiertas por el cazador o por el indio y que luego aprovecha el viajero en sus excursiones.

Siguiendo una de estas sendas, y guiados por «El Tembeta», llegaron Ester y Orton al lugar donde este el día anterior había visto la nueva orquídea. En este paraje la naturaleza había derramado la cornucopia de los dones forestales. Una exuberante vegetación se desborda por todas partes, armonizando todos los elementos de la flora. Los variados y fuertes matices del verde, no menos que el loco amontonamiento de hojas, flores y frutos, da la impresión de paisajes fantásticos. Los bejuocos, por sus caprichosos espirales y el grueso de su diámetro, parecen enormes boas enroscadas en los troncos de los árboles; después de subir a una altura de veinte y más varas, descuelgan sus raicillas en forma de ancha cabellera, mezcladas con las lianas o enredaderas más pequeñas, con variedad de formas y de matices.

Miríadas de seres grandes y pequeños se mueven en este mundo vegetal. Saltan los monos de una a otra rama; chillan desaforadamente los loros; colibrís brillantes como gemas, y enormes mariposas de alas aterciopeladas, azules y doradas se disputan el néctar de las flores. Caravanas de rojas hormi-

gas, de moscas doradas, de escarabajos azules y de cantáridas esmaltadas de verde, suben y bajan por los troncos de los árboles y nervios de los bejucos, en tanto que en los matorrales canta el sinsonte, el ruiseñor americano, y cacarea el «gallo tuqui», de encendido color escarlata y vistoso copete, únicos pájaros que se muestran en los claros del bosque cuando su vuelo no les permite bañarse de aire y de sol sobre la encumbrada bóveda de verdura. Por encima de todo surcan el azul del cielo garzas blancas y violadas, flamencos rosados y papagayos tricolores de rutilante plumaje.

Completan y realzan la magnificencia del cuadro los próceres de la selva: palmeras que parecen arañar el cielo, el cumarú, el pacay, el copaibo, el taubo o Palo María, cuyo tronco hasta las primeras ramas tiene más de treinta metros de altura; la mara o caoba, el ceibo y otros colosos de la flora chaqueña; árboles que no son los arbolones rectos y airosos de otros climas, sino cestas colgantes de orquídeas y de gallardas enredaderas y las raíces trípodes que desde la altura de tres metros antes de llegar al suelo sostienen el tronco liso y empinado.

Ester contemplaba extasiada el panorama, entre tanto Orton hacía los preparativos para alcanzar la famosa orquídea. El árbol en que florecía la planta no era de los más altos, pero así y todo para llegar a él había que encaramarse por el tronco. Salvó esta dificultad la escala de cuerdas que traía el criado, quien a favor de una pértiga colgó aquella de una robusta rama de un árbol. Por esta escala subieron uno tras otro Orton y su ayudante, este con el cesto y el otro con el cuchillo para cortar la mata. El árbol en que estaba era un vivero de orquídeas que con otras enredaderas caían en fajas uniformes y apretadas, parecidas a los bambús salpicados de perlas que fabrican los artistas japoneses. Pero lo que más interesaba a Orton era la nueva orquídea, notable por la lozanía y pompa de la mata y por sus flores verdes por encima y amarillas por el envés, como las de la celedonia.

Con la habilidad de jardinero iba cortando lianas y bejucos hasta conseguir arrancar de cuajo la planta y trasplantarla

al cesto del ayudante.

De pronto surgió de entre los murmullos de la selva el lejano aullido del lobo de la pradera. «El Tembeta», que a la sazón estaba junto a Ester, le dijo para tranquilizarla:

—Es el grito del aguará. Voy a contestarle para que se acerque y salirle al encuentro.

Y metiéndose dos dedos en la boca dio un silbido lúgubre y prolongado como el del lobo.

En seguida desató el potro, que con los dos caballos estaba arrendado a un tronco vecino; montó en él y seguido del mastín se internó en el bosque. Todavía andaba Orton por las ramas y Ester empezó a inquietarse porque se encontraba sola al pie del árbol y los aullidos de la fiera se oían cada vez más cercanos y estridentes. Su zozobra se convirtió en un tremendo susto al verse sorprendida por cuatro jinetes indios, entre ellos Aguará, con la manifiesta intención de secuestrarla. La joven hizo ademán de desenvainar su puñal para defenderse, pero no le dieron tiempo. Uno de los jinetes había echado pie a tierra y, abrazándola, la subió como una liviana carga al potro de «El Tembeta», quien, sentado a la grupa, con un brazo sujetaba por el pecho a Ester y con el otro manejaba la rienda.

—¡Orton! ¡Orton! —gritaba la joven.

Pero sus gritos se perdieron en el vacío, porque los raptos huyeron veloces con su presa.

Orton se quedó mordiéndose los puños de rabia por la traición de Aguará.

En efecto. Él y Ester habían ido vendidos por el astuto chiriguayo a la caza de orquídeas. Seguro el indio de que Ester asistiría a la excursión, se había puesto de acuerdo con tres caciques del Chaco, de los que fueron al pago de Irupé para enjuiciar a esta y ahora raptar a la joven. La señal para reunirse era el aullido del lobo de la pradera, que como el de otros gritos de animales, los indios remedan a la perfección.

Como ya no tenía remedio lo sucedido, Orton y su ayudante se dieron prisa a bajar del árbol, pero llevándose la dichosa orquídea, que con sobrada razón debía de llamarse

«variedad Ester–Hudson», porque la una costaba la otra.

CAPÍTULO XX

EL PUÑAL DE ESTER

LOS cuatro bárbaros llevaron a miss Ester al rancho de Urubichá, en el poblado guacurú.

Cuando Aguará premeditó el rapto de la joven pensó hacerlo él solo por su cuenta y riesgo; pero conocedor de los recursos de que disponían los blancos, que le tomarían las vueltas y le arrebatarían la presa, recurrió a los jefes chaqueños, que por lo menos le internarían en las asperezas del Chaco haciendo imposible la persecución.

Consumado el atentado, surgió en los cuatro compinches la disputa a quien se adjudicaría la cautiva. Decía uno que jugarla a la taba; otro que disputársela en un torneo a lanza; otro que sacrificarla en ara del Mesón de Fierro, pero triunfó el dictamen de Aguará: atenerse a lo que resolviera Urubichá, el cual, a fuer de hombre sesudo, propuso parlamentar con el jefe de los blancos (el ingeniero Hudson), proponiéndole la devolución de la cautiva en cambio de un prudente rescate. Aceptada la proposición de Urubichá se convino, por mutuo consenso de los que habían de repartirse el botín, en que el rescate consistiría en un buen caballo, un machete de monte, un tercio (100 kilogramos) de yerba mate, un noque o pellejo de sal y una lata de aguardiente para cada uno de los cuatro contendedores. Fue el encargado de llevar la embajada el mismo Urubichá, quien al clarear el siguiente día montó a caballo en dirección al campamento del lago, distante unas diez leguas del poblado indígena.

Aquel mismo día los secuestradores, celebrando su triunfo de antemano, se dieron una cuchipanda con el obligado beveraje de chicha, que terminó con una solemne borrachera. Quién más, quién menos, se tambaleaba buscando sitio donde «dormirla»; el de más aguante parecía ser Aguará, que se echó al campo con la intención de despejar su embriaguez con el fresco de la noche; noche serena, en menguante la luna, y un ambiente saturado por los balsámicos efluvios de las frondas.

En una de las revueltas y revueltas de su errático paseo, cruzó por delante del rancho de Urubichá, donde estaba aislada Ester; vio lumbre encendida y a ella se dirigió, como la mariposa a la luz. Era el resplandor de una fogata que momentos antes encendiera la joven para ahuyentar las alimañas que pudieran sorprenderla en aquel solitario paraje. Dentro estaba ella vestida como cuando la raptaron, tendida sobre una hamaca, descabezando un sueño. Verla Aguará y sentirse acuciado del deseo de poseerla, fue todo uno.

Al ruido de los pasos del indio, Ester se incorporó, a tiempo que este, saltando sobre las llamas, entraba y se dirigía a ella. En vez de amedrentarse, Ester le aguardó a pie firme, y le preguntó:

—¿Qué te trae aquí, Aguará?

—¿Me lo preguntas? —contestó este algo turbado por la impavidez de la joven. Eres mi cautiva y yo vengo a hacerte mi mujer. Me consolaré contigo de la pérdida de Irupé, que era tan hermosa como tú. Quiero probar a lo que sabe el amor de una blanca.

«El Tembete» dio un paso para abrazarla.

—No me toques, miserable —exclamó Ester. Tu contacto apesta.

Efectivamente, Aguará estaba descalzo y desnudo de medio cuerpo arriba, y su piel, saturada del vaho, el sudor y la bebida, hedía a «catinga», el olor característico de la raza de color, que tanto ofende el olfato de los blancos.

—¿Me desprecias porque huelo a indio? En cambio tú me apetece porque eres blanca y hueles a violeta.

—Déjame en paz, Aguará. Vete de una vez —insistió la joven.

—¿Irme? ¿Has visto alguna vez que el tigre huya de la gacela?

Ya no le cabía duda a Ester que iba a ser presa de aquel sátiro, si no tenía fuerza para resistirse. ¿Ni qué resistencia podía tener una delicada doncella contra un atleta? Sin embargo, viendo la pesadez con que se movía Aguará por efecto de la borrachera, pensó ganar la puerta y huir; pero el indio con su corpachón obstruía la salida, cortándole la retirada. Viéndose acorralada, dio unos pasos atrás y, arrimándose a la pared, desenvainó el puñal, dispuesta a defenderse.

Aguará soltó una carcajada diabólica.

—¿Crees intimidarme con un puñal, cuando no me asustan las garras de un tigre? —dijo.

Y dio un salto para abalanzarse a ella. Pero le fallaron las piernas y cayó de bruces. Sin darle tiempo para revolverse, Ester se precipitó a él, le puso el pie sobre el pescuezo, y por tres veces le hundió el puñal en la espalda.

Horrorizada por la escena de la que inopinadamente fue la protagonista, la joven abandonó el rancho para respirar al aire libre y calmar los nervios. En una mata de hierbas limpió el puñal ensangrentado y dio unos pasos sin saber adónde iba. En esto oyó el trotar de dos caballos y el dialogar de dos jinetes. Su asombro subió de punto al percatarse que las voces eran de Urubichá y... de Orton.

—¿Es posible que sea Orton? ¿Cómo se explica su venida aquí? —se preguntaba Ester.

La explicación que dio Orton fue esta: Después del rapto, confuso y avergonzado del yerro cometido en llevar a la joven a la caza de orquídeas, voló al campamento del lago a dar parte a Hudson de lo ocurrido. Conjeturando el ingeniero que la raptada había sido llevada al poblado guacurú, se encaminó a este punto al frente de una escolta de rifles para libertar a su hija de grado o por la fuerza. A mitad del camino se encontraron con Urubichá, que le dio su embajada. Mister Hudson le acogió gozoso, comprome-

tiéndose a satisfacer el precio del rescate en el plazo de veinticuatro horas, el tiempo indispensable para juntar el lote pedido y hacer el daga y toma con los secuestradores. Lo que más inquietaba al ingeniero eran las angustias de su hija en las horas que faltaban para el rescate; pero a esto ocurrió Orton ofreciéndose acompañar a Urubichá cuando este regresara con la contestación de su embajada, y que llevaría a Ester el consuelo de su compañía y la noticia de su próximo rescate.

—Buen viaje, Orton —dijo el ingeniero—; aunque él me cueste pagar otro rescate por vos porque todo es de temer de la perfidia de los indios.

—No os preocupéis por esto. Si los indios me secuestran, no admitiré rescate de mi persona. Me quedaré entre ellos para que, andando el tiempo, vea realizadas las dos grandes ilusiones que me trajeron al Chaco: hacer nuevos hallazgos botánicos y evangelizar a los indígenas...

Aclarado el objeto de su venida, Orton preguntó a Ester:

—Pero, ¿qué hacéis aquí a estas horas? ¿Sola y de noche? Os encuentro nerviosa y desosegada.

—No es para menos. Acabo de matar a Aguará porque quería ultrajarme... Venid y veréis.

Se acercaron al rancho de Urubichá. Al resplandor de la fogata vieron a «El Tembete» revolcándose en su sangre, con las bascas de la muerte.

Orton, que siempre tenía a punto una cita bíblica, dijo a Ester:

—Dad gracias a Dios, porque, como a Judit, os permitió dar cuenta de otro Holofermes.

Otra era la cavilación de Urubichá.

—Miss Ester, habéis empeorado vuestra situación y a mí me habéis perdido. Habiéndose verificado esta muerte en mi rancho, dirán todos que yo he sido el autor. Las represalias serán terribles.

—No temáis, Urubichá —repuso Orton. De vos depende vuestra salvación y la nuestra; proporcionad un caballo a miss Ester y los tres huiremos antes que descubran el cadáver.

Fácil le fue a Urubichá complimentar el encargo. En un corral vecino tenía una tropilla, de la que sacó un caballo para Ester y dos más de refresco en sustitución de los que habían venido él y Orton. Sin más dilación, los tres hicieron rumbo al vivac del ingeniero, y en dos horas de precipitada marcha rindieron viaje, descabalgando Ester para caer en brazos de su padre, que se la comía a besos.

—Mister Hudson —exclamó Orton—, pequé contra vos, siendo el causante del rapto de vuestra hija. Ahora os la devuelvo sana y salva y creo que me perdonaréis.

—Amigo Orton, mi hija y yo no solo os perdonamos, sino que también os quedamos agradecidos.

Ni que decir tiene que los cómplices de Aguará quedaron chasqueados. Además de no cobrar el importe del rescate, recibieron el aviso de que si seguían hostilizando a los blancos, estos arrasarían los poblados indígenas, llevándose cautivos a sus moradores o pasándolos a cuchillo.

EPÍLOGO

POCOS días después de estos acontecimientos, recibió mister Hudson una carta de Manuel Rada en la que decía que había ascendido a Mayor, y que, según lo concertado, fijara fecha para su boda con Ester; y en una posdata exhortaba a la joven, con ternura de enamorado, que no retrasara por más tiempo el feliz instante de llamarla su esposa. La contestación fue la inmediata salida de padre e hija para la capital paraguaya.

Al llegar a Asunción, la colonia norteamericana acudió en masa a recibirlos para felicitar a la *girl* por su heroico salvamento, que había llegado a conocimiento de todos. Otro día se efectuó el casamiento de los novios.

El ingeniero entregó a su yerno, como regalo de boda, el cheque con que la Standard Oil pagaba espléndidamente el señalamiento por Manuel del yacimiento del lago.

Los recién casados se instalaron en una hermosa quinta de las afueras de Asunción a orillas del río Paraguay, con vistas al Chaco, a la que Manuel, con el consentimiento de Ester, puso el nombre de «Villa Irupé», en memoria de la infortunada reina guacurú que tanto le amó.

De cuando en cuando recibían noticias de Orton que seguía en el Chaco, entusiasmado con su botánica y con su catequesis, aunque de ambas no había obtenido otros triunfos que el hallazgo de la orquídea y la conversión de Urubichá. Este, sabiendo que los caciques chaqueños se la tenían guardada, se curó en salud haciéndose cristiano para vivir con los blancos. Cambió de religión con la inconsciencia que la serpiente muda de piel, y de sacerdote de los guacurús se convirtió en catecúmeno y acólito del misionero Orton.

FIN

Este tercer volumen de las Obras Completas
de Ciro Bayo
ha sido compuesto e impreso en los talleres
de Cofás, Artes Gráficas (Madrid).
La encuadernación se hizo en los talleres
de Felipe Méndez (Madrid).
La maquetación, corrección de pruebas y control
de la edición ha corrido a cargo del personal de la Fundación
José Antonio de Castro.
Se terminó de imprimir en enero de 2007.
La tirada consta de 1.000 ejemplares
numerados en arábigo.

Ejemplar número

BIBLIOTECA CASTRO

Dirección:	Santiago Rodríguez Ballester
Administración:	Marta Sánchez Nieves Sigüenza
Edición:	Cecilia Frías
Ventas:	Antonio Pérez-Lafuente

C/ Alcalá, 109, 28009-Madrid
Tel.: 91 43 100 43, Fax: 91 435 83 62
www.fundcastro.org
fundcastro@fundcastro.org